Papa León XIV

VIAJE APOSTÓLICO AL PERÚ

11 al 16 de noviembre de 2026



Este libro recoge los discursos, homilías, oraciones y saludos del Papa León XIV durante su viaje apostólico a Perú, del 11 al 16 de noviembre de 2026, tras las visitas a Uruguay y Argentina. Era su regreso al país donde fue misionero y obispo de Chiclayo. Los textos siguen el orden de las etapas, en Lima, Chiclayo, Cusco, Pucallpa y de nuevo Lima, e incluyen los encuentros con las autoridades, los obispos, los jóvenes, el mundo universitario, los fieles de la piedad popular y los pueblos amazónicos.

La edición reproduce el texto oficial en español publicado por la Santa Sede.

León XIV

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA LEÓN XIV AL PERÚ

DISCURSOS, HOMILÍAS Y ORACIONES

LIMA, CHICLAYO, CUSCO, PUCALLPA

DEL 11 AL 16 DE NOVIEMBRE DE 2026

www.opusdei.org

© Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana

www.vatican.va

Edición digital: Oficina de Comunicación del Opus Dei, 16-11-2026

Índice

Lima

- Con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático
- Con los obispos de Perú
- Hora Media con los obispos, sacerdotes y religiosos
- Desafíos y esperanzas para el futuro del pueblo peruano
- Vigilia con los jóvenes y los universitarios
- Saludo desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

Chiclayo

- Santa Misa en las Pampas de Pimentel
- Visita a la Capilla San Óscar A. Romero
- Con los obispos, sacerdotes, religiosos y equipos sinodales
- Con el mundo universitario
- Coronación de la Virgen Inmaculada
- Santa Misa en Santa Cruz de Succhabamba
- Clausura del Año Jubilar de santo Toribio de Mogrovejo

Cusco

- Con los fieles y los representantes de la piedad popular
- Ángelus

Pucallpa

- Con los misioneros y los representantes de los pueblos amazónicos
- Santa Misa en Pucallpa

Lima y Callao

- Casa de Acogida de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados

Santa Misa en la Base Aérea Las Palmas

LIMA

11-13 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO

Discurso del Santo Padre León XIV «Gran Teatro Nacional» (Lima). Miércoles, 11 de noviembre de 2026

Palabras improvisadas del Santo Padre al personal del Palacio de Gobierno con ocasión de la visita de cortesía a la Presidenta de la República del Perú

¡Muchas gracias! Buenas noches a todos.

Es una alegría –como quizás pueden imaginar– para un servidor, después de unos años poder volver al Perú y visitarlos a todos. Primero, porque me siento en casa. Segundo, porque como Papa es un honor venir a caminar con todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad: católicos, cristianos… con todos; porque juntos queremos buscar siempre el bien de todo el pueblo. Y estoy muy convencido de los grandes valores que hay en el pueblo peruano: el espíritu de comunidad, el espíritu de estar unidos. Además, creo que es muy importante que busquemos siempre la manera de trabajar juntos, de superar las diferencias, de usar el diálogo, la comprensión, quizás mucha paciencia. Que tengamos también la convicción de que es posible lograr mucho, si caminamos unidos. Tal y como ha pedido la señora Presidenta, con mucho gusto les ofrezco la bendición de

Dios para ustedes, sus seres queridos, sus familias, y por todo el pueblo de Perú en esta noche, en estos días, y para el futuro.

El Señor esté con ustedes.

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes hoy y siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

Discurso del Santo Padre

Señora Presidenta de la República, distinguidas Autoridades, señoras y señores:

Me alegra profundamente volver al Perú. Agradezco, señora Presidenta, sus cordiales palabras de bienvenida. Expreso también mi gratitud por la amable invitación para venir a esta querida tierra y a cuantos han preparado el viaje, haciendo posible que pueda encontrarme con comunidades de distintas regiones del país.

Este regreso tiene para mí un significado muy especial. Mi historia con el Perú comenzó mucho antes de que el Señor me confiara la Diócesis de Chiclayo. Durante años compartí la vida de su gente, escuché sus preocupaciones y aprendí de su fe. Muchos me abrieron las puertas de sus casas, compartieron conmigo su mesa —y, por supuesto, algún buen ceviche— y me hicieron sentir uno de los suyos. En 2015 recibí la nacionalidad peruana. Aquel acto manifestó un vínculo que este pueblo había ido tejiendo en mi vida desde mucho antes. Hoy comprendo cuánto de esta tierra permanece conmigo y cuánto de mi propia historia les pertenece también a ustedes.

Regreso como Sucesor de Pedro, llamado a servir a la Iglesia universal. Desde esta responsabilidad, reconozco en aquellos años una parte del camino por el que el Señor me fue formando como pastor. Si me fuera concedido recorrer esos años nuevamente, volvería a hacerlo con alegría, acogiendo tanto sus momentos felices como sus dificultades. Por eso puedo decirles, con profunda gratitud, que regreso también a mi patria.

El Perú tiene una historia milenaria, formada por pueblos de diversas lenguas y tradiciones. Parte de esa historia sigue contándose en quechua, aimara y en las lenguas de la Amazonía. A ella se han unido, con el paso de los siglos, otras herencias, entre ellas la afroperuana y la asiático-peruana, que también han contribuido a formar la identidad del país. Hace casi quinientos años, el anuncio del Evangelio abrió un capítulo decisivo de esa historia. Como recordó Benedicto XVI, «del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente» (*Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 de mayo de 2007). La fe arraigó profundamente en estas tierras y encontró expresión en sus tradiciones y en innumerables obras de caridad. Basta recordar que la primera flor de santidad latinoamericana llevó el nombre de *Rosa*, y que esa Rosa era peruana.

Las regiones del Perú conservan tradiciones propias y cada una aporta algo distinto a la vida nacional. La unidad de un pueblo se fortalece cuando esas diferencias encuentran su lugar y cada persona contribuye desde su propia historia y sus convicciones. El Perú conserva expresiones cotidianas de solidaridad: las faenas comunales en las que los vecinos unen sus esfuerzos para realizar una obra que beneficia a todos, la ayuda que se prestan las familias ante las dificultades y la hospitalidad que tantas veces he constatado. En esos

gestos se descubre una manera de amar a la propia patria que se manifiesta, ante todo, en el cuidado de quienes la habitan.

Amar a un pueblo es desear que todos puedan vivir dignamente en él, interesarse por él y estar dispuesto a ofrecer algo de uno mismo por su bien. Es un sentimiento que he llegado a comprender mejor gracias a ustedes y que hoy deseo compartir con quienes ejercen responsabilidades públicas.

Señora Presidenta, distinguidas Autoridades: esa solicitud por el bien de los demás se concretiza de modo admirable en el servicio público. El Papa Francisco, que visitó esta querida tierra en 2018, recordó que la política «es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 205). La vida democrática reúne a personas de convicciones y aspiraciones diversas, unidas por un mismo destino nacional. Las instituciones ofrecen cauces para que esas diferencias encuentren expresión y puedan recorrerse caminos de entendimiento. Las decisiones públicas alcanzan también a quienes viven lejos de los lugares donde se toman. Pero esto nunca debería convertirse en olvido.

Para conocer las necesidades de quienes están lejos, es preciso comenzar por escucharlos. Recuerdo conversaciones aparentemente sencillas en las que afloraban las dificultades de una familia o las esperanzas de una comunidad entera. En un país donde se hablan tantas lenguas, escuchar exige también procurar que todos puedan hacerse entender. Quienes acuden a las instituciones esperan ser escuchados, comprender las decisiones que los afectan y encontrar a alguien a quien puedan dirigirse con confianza. Detrás de expedientes, de trámites ordinarios o del abstracto número del censo nacional, hay rostros concretos que aguardan respuestas de las que depende buena parte de su tranquilidad.

Escuchar requiere una especial paciencia cuando se afrontan desacuerdos o experiencias dolorosas. También el Perú ha atravesado momentos difíciles que han puesto a prueba la convivencia entre sus habitantes. Los sucesos del pasado merecen ser tratados con justicia y sensibilidad, dejando espacio para que crezca la concordia y las diferencias puedan afrontarse con respeto. La vida democrática implica reconocer que nadie posee todas las respuestas y que las diferencias no impiden compartir una preocupación sincera por el bien del país. Quisiera alentar a todos a cultivar la honestidad, la rectitud y la disposición al encuentro, cualidades que sostienen la confianza entre las personas y dan solidez a la vida de las instituciones.

Para las familias, la paz tiene un significado muy concreto: salir a trabajar sin temor, cuidar de los hijos y regresar a casa con serenidad. Son aspiraciones sencillas, pero nadie debería verse privado de ellas. La Iglesia conoce el sufrimiento que provoca la violencia y desea permanecer cercana a quienes la padecen, alentando los esfuerzos de cuantos trabajan para proteger la vida, la dignidad y los derechos de las personas mediante el derecho y la justicia.

Sostener dignamente a la propia familia forma parte también de esa paz cotidiana. Pienso en quienes cultivan la tierra, en los pescadores que salen al mar, en los pequeños comerciantes y en quienes sostienen la actividad de las ciudades. Cada uno de esos trabajos contribuye a la vida de la nación y merece ser reconocido en su dignidad. San Pablo VI enseñó que el desarrollo auténtico ha de promover «a todos los hombres y a todo el hombre» (Carta enc. *Populorum progressio*, 14). Ese desarrollo comprende el bienestar material y las aspiraciones culturales, morales y espirituales de cada persona. Hay bienes que ninguna prosperidad económica puede

reemplazar: la paz de la conciencia, la certeza de ser amado y la libertad de buscar la verdad y orientar conforme a ella la propia vida.

El deseo de buscar la verdad comienza a manifestarse muy pronto, en las preguntas con que un niño descubre el mundo. Una escuela capaz de acoger esa búsqueda puede abrirle horizontes que antes parecían lejanos y ayudarlo a reconocer sus propias capacidades. Pienso con gratitud en los maestros de las distintas regiones del Perú, que acompañan ese descubrimiento y transmiten a sus alumnos los valores de su tierra, para que aprendan a conocerla y amarla. Pero los horizontes que se abren en las aulas necesitan encontrar después oportunidades reales. Dirijo una palabra de afecto a los jóvenes, especialmente a quienes buscan su primer trabajo o se preparan para nuevas responsabilidades. Trabajemos para que puedan desarrollar sus talentos y ponerlos generosamente al servicio de los demás, especialmente de los más necesitados.

Cuando una persona se enferma o necesita cuidados continuos, también cambia la vida de quienes la rodean. Quien ha acompañado a un ser querido sabe cuánto significan una atención médica oportuna, una presencia amiga y una palabra de consuelo. Pienso en los ancianos, en las personas con discapacidad y en quienes sufren la soledad o dificultades relacionadas con la salud mental. Muchas familias sostienen silenciosamente esta tarea, a menudo con grandes sacrificios. Animo a las autoridades a respaldar esa entrega, facilitándoles servicios de salud accesibles y fortaleciendo la medicina preventiva. Quienes dedican sus fuerzas a cuidar de otros necesitan también encontrar quién cuide de ellos.

Pienso también en tantas mujeres peruanas que han sostenido comedores populares y ollas comunes, y en aquellas que, desde sus profesiones y responsabilidades públicas, contribuyen al bien del país. Que todas ellas puedan desarrollar libremente sus capacidades,

participar plenamente en sus comunidades y vivir libres de violencia y de cualquier forma de explotación.

En el Perú, los ríos de la Amazonía, las alturas andinas y el extenso litoral dan forma a la vida de numerosas comunidades y al trabajo de sus habitantes. El aprovechamiento de sus recursos, mediante la agricultura, la pesca o la minería, exige cuidar la naturaleza y respetar a las comunidades que dependen de ella (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 183). Conocer cada territorio permite anticipar los riesgos de los fenómenos naturales y proteger mejor a la población. La solidaridad que los peruanos manifiestan ante las emergencias merece encontrar instituciones igualmente comprometidas, capaces de prevenir y de actuar a tiempo cuando una vida corre peligro.

La ciencia y la tecnología ayudan a anticipar muchos de esos riesgos. Sus avances permiten también mejorar la atención sanitaria y acercar oportunidades educativas a comunidades alejadas. La inteligencia artificial amplía estas posibilidades y transforma nuestra manera de trabajar y relacionarnos. Como recordé en *Magnifica humanitas*, estas nuevas capacidades reclaman discernimiento y una orientación responsable hacia el bien común (cf. n. 5). Que sus beneficios lleguen a todos y que su desarrollo permanezca al servicio de la dignidad humana. Es necesario también que existan garantías jurídicas adecuadas para prevenir posibles abusos y proteger a las personas frente a sus consecuencias.

La protección del medio ambiente y el uso responsable de las nuevas tecnologías requieren también la colaboración entre países. Por su condición andina y amazónica y su apertura al Pacífico, el Perú mantiene vínculos con las naciones vecinas y con pueblos de otros continentes. Numerosas cuestiones que afectan a la vida de sus habitantes, desde la protección del ambiente hasta los movimientos

migratorios, encuentran mejores respuestas mediante el diálogo y la cooperación.

Por otro lado, pienso en tantos peruanos que viven fuera del país y que, mientras construyen su vida en otras tierras, conservan el afecto por sus familias y contribuyen a sus comunidades de origen. En ciudades muy lejanas, la imagen del Señor de los Milagros sigue reuniendo a peruanos que encuentran en aquella devoción una manera de conservar los vínculos con su tierra. ¡Yo mismo he visto a Roma vestirse de morado! La distancia no disminuye necesariamente el amor a la patria; a veces permite reconocer con mayor claridad cuánto hemos recibido de ella. Quienes llegan al Perú traen también historias y esperanzas que merecen acogida y respeto. En sus historias se advierte que las relaciones entre los países tienen consecuencias muy concretas para la vida de las familias.

Las guerras y tensiones que afligen a tantos pueblos reclaman una diplomacia paciente, que mantenga abierto el diálogo, respete el derecho internacional y busque acuerdos que protejan la vida y la dignidad de las personas. Cada nación posee aspiraciones legítimas, pero ninguna puede considerar ajena la suerte de las demás. Aliento al Perú a seguir contribuyendo a la cooperación regional e internacional y a favorecer el entendimiento incluso cuando las posiciones parezcan irreconciliables. Que nunca se renuncie a buscar caminos para aliviar el sufrimiento de los pueblos y avanzar hacia la paz.

En ese espíritu de cooperación se inscriben las relaciones entre el Perú y la Santa Sede. La Constitución peruana reconoce a la Iglesia católica como un elemento importante en la formación histórica, cultural y moral de la nación y contempla la colaboración del Estado con ella, en un régimen de independencia y autonomía, respetando asimismo a las demás confesiones (cf. art. 50). La Iglesia, consciente

de ese reconocimiento, desea continuar ofreciendo al pueblo peruano aquello que ha recibido como misión: anunciar el Evangelio, acompañar a quienes sufren y servir a la dignidad de toda persona. Ese compromiso se hace visible en sus comunidades, en sus obras educativas y asistenciales, y en tantos fieles laicos que, movidos por su fe, participan en la vida del país desde sus profesiones y responsabilidades cívicas. Que esta relación continúe desarrollándose con respeto recíproco, procurando siempre el bien de todos los peruanos.

Señoras y señores: hay muchos modos de servir al Perú. Agradezco a quienes lo hacen desde sus instituciones y a cuantos, con el trabajo de cada día, contribuyen al bien de sus comunidades. Yo he recibido mucho de ustedes. Hay rostros, conversaciones y gestos de cariño que, después de tantos años, siguen acompañándome. Desde la Sede de Pedro, deseo corresponder a tanto afecto con mi oración y mi cercanía. Quisiera proponerles también la Doctrina Social de la Iglesia, como una ayuda para iluminar y orientar los esfuerzos de cuantos trabajan por el bien de esta nación.

En el pozo de santa Rosa de Lima, generaciones de peruanos han depositado sus peticiones y sus esperanzas. Hoy, desde aquí, quisiera dejar caer también mi plegaria en ese bendito pozo. Por intercesión de la Santísima Virgen María, de santa Rosa y de todos los santos y beatos de esta tierra, pido al Señor que el amor de Cristo los ayude a reconocer, en cada peruano, a un hermano, a una hermana y, en cada uno, un motivo más para amar a su patria. Que Dios bendiga al Perú y a todos sus habitantes. Muchas gracias.

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

¡Muy buenas noches Lima! ¡Buenas noches Perú!

Pues no tengo palabras para agradecer esta acogida tan calurosa, por haber vuelto hoy a mi casa. Y qué hermoso es encontrar a todos ustedes aquí con tanto entusiasmo, con tanta alegría y también con tanta oración.

Agradezco muchísimo las oraciones de todos ustedes, especialmente en este período. ¡Gracias!

Aquí delante de la Nunciatura hay esta hermosa paloma, signo de la paz. Y queremos ser todos promotores y constructores de paz. Así es. Entonces, pido sus oraciones muy sinceramente por la paz en el mundo, por la paz en todos los países, que sepamos ser constructores de unidad, promotores de reconciliación y que creamos profundamente en la paz.

Ahora, me han pedido que diga todavía una palabra más. Es que algunos tienen sus ventanas por este lado y quieren dormir y quieren un poco de paz.

Entonces, por un tiempo todavía puede seguir la fiesta, pero no toda la noche, porque si no, mañana no va a haber paz.

Pues, vamos a dar la bendición para ustedes, para todos sus seres queridos. Una oración especial para sus familias. Muy importante pensar en las familias y buscar también cómo ser promotores de unidad en nuestras familias.

Entonces, vamos a rezar juntos como Jesús nos enseñó.

Padre nuestro... El Señor esté con ustedes... Bendito sea el nombre del Señor... Nuestro auxilio es en el nombre del Señor... Y la

bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Buenas noches! Y hasta mañana.

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE PERÚ

Discurso del Santo Padre León XIV Capilla del Palacio Arzobispal (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Eminencias, Excelencias, Monseñores, ¡Queridos hermanos!

Agradezco las palabras que Mons. Carlos Enrique García Camader, Obispo de Lurín y Presidente de la Conferencia Episcopal, me ha dirigido en nombre de cada uno de ustedes, junto con su oración por la recuperación de mi salud. Algunos saben que había aquellos «Tomases» que decían: «él no va a venir»; «no va a ser capaz». Pero Dios es grande y su gracia es más grande que todos nosotros. Y de verdad estoy muy feliz de estar aquí entre ustedes.

Doy gracias a Dios, que en esta oportunidad nos permite mantener este diálogo como hermanos obispos. Han estado hace no muchos meses en Roma, en la visita *ad limina*; ahora nos encontramos aquí. Me ilusionan también los encuentros que tendré estos días en Perú. Gracias por el trabajo que han hecho para la organización de mi visita.

Queridos hermanos obispos: los caminos que atraviesan la geografía de un país recorren también en el alma de su pueblo. Esta verdad la podemos contemplar en el Perú. Sus montañas, sus valles, su costa, su Amazonía y sus antiguas sendas conservan la memoria de pueblos que aprendieron a encontrarse e intercambiar sus dones.

Entre esos caminos hay uno que les es muy familiar: el Gran Camino del Inca, esa extensa red que unió territorios, comunidades y culturas a lo largo y ancho de esta geografía. Recurriendo a esta imagen, quisiera proponerles una reflexión sobre nuestra misión

episcopal, porque también la Iglesia *es* camino: de comunión y de esperanza; camino que atraviesa las montañas de la indiferencia, los desiertos del individualismo y las distancias que separan a los hombres. Además, el lema de esta visita que resuena en estos días —¡«Abramos el corazón»!— nos invita, efectivamente, a la conversión, a la comunión y a la misión.

Pero, ¿qué significa «abrir el corazón» para un obispo? Significa conocer el camino hacia Dios para recorrerlo con el Pueblo fiel y permitir que Dios y el Pueblo cuestionen sus prioridades. Se trata de una andanza eminentemente misionera, como la del Camino del Inca, que no fue construido para que los caminantes se quedaran contemplando sus grandiosos paisajes, sino para llegar a todo el *Tawantinsuyu*. A semejanza de los *chasquis*, que recorrían el imperio llevando mensajes urgentes y provisiones vitales, el obispo es el mensajero que porta la Buena Nueva del Evangelio, custodia el tesoro de la Palabra de Dios y distribuye los Sacramentos como esos bienes indispensables para sostener la vida cristiana.

Podemos pensar también que, de la misma forma que este Camino es heredero de los senderos ancestrales utilizados por las culturas preincaicas, el obispo es servidor de una historia de salvación que comenzó antes de él y que continuará después de su paso. Por eso, «abrir el corazón» para el obispo es reconocer el camino que Dios ya está recorriendo con su pueblo, lo que falta por recorrer y hacia dónde hay que dirigir los pasos para seguir construyendo un futuro de esperanza para todos.

Queridos hermanos: abrir el corazón, para el obispo, significa también conocer su diócesis entrando en los hogares, acompañando a los enfermos, encontrando a los jóvenes y acercándose a las comunidades que, por su distancia geográfica o su fragilidad social,

pocas veces pueden hacerse escuchar o ser escuchadas: el pastor está llamado a salir al encuentro de todos.

En esto, destaca de manera singular la figura de santo Toribio de Mogrovejo. Él comprendió que su misión exigía *estar con* las comunidades *para* ocuparse *in primis* de la formación cristiana y asegurarse de que el Evangelio pudiera anunciarse también en las lenguas de los pueblos indígenas. El Catecismo, escrito en aimara, quechua y castellano es testigo de su ardor misionero, en comunión con los obispos reunidos en el tercer Concilio Provincial de Lima.

Sabemos que el Camino del Inca no es fácil: sus elevaciones y sus pasos estrechos ponen a prueba la resistencia del caminante, cuyo esfuerzo encuentra alivio al contemplar la creación majestuosa. De manera análoga, tampoco la misión episcopal transcurre siempre por caminos despejados. Encontramos dificultades pastorales, divisiones sociales, incomprensiones y decisiones que pueden resultar dolorosas. Santo Toribio nos ilumina de nuevo aquí, haciéndonos comprender que la caridad pastoral no consiste en evitar los problemas sino en permanecer fieles a Cristo y procurar el mayor bien posible a las personas. Así como las contrariedades del camino atraviesan las montañas, la cruz de Jesús nuestro ministerio, pero esa misma cruz nos recuerda que ninguna fatiga ofrecida por amor resulta inútil, cuando se une a la entrega de Jesucristo (cf. *Mt* 16,24-25).

Una nota importante es saber que este sendero no se recorre en solitario. Al estar en el territorio que albergó el primer seminario en Perú, pienso en el obispo, que convierte el camino mismo en un *Yachay wasi* itinerante, en una «casa del saber» y, siendo compañero de viaje de sus sacerdotes, no se limita a señalarles la ruta, sino que comparte sus fatigas y anhelos, reconoce la huella de Dios en sus vidas y cuida que ninguno se quede atrás. Pero, más allá

de la imaginación, lo cierto es que caminar juntos crea comunión, un don que hay que pedir siempre: comunión con el Sucesor de Pedro, con los demás obispos, con los religiosos y religiosas y con todo el Pueblo de Dios. Esto es indispensable para recorrer fielmente el *Camino*, que es Cristo.

En este sentido, me alegra el proceso sinodal emprendido en la Iglesia peruana. Les pido que sigan trabajando con firmeza, en acción conjunta con el Pueblo de Dios, haciendo posible, cada vez más, una Iglesia donde todos nos reconozcamos corresponsables y discípulos misioneros del Señor; viviendo, cada uno según su propia vocación, en confianza mutua, de tal modo que la autoridad no se ejerza tiránicamente ni la obediencia sea mero servilismo.

Quisiera referirme ahora a quienes han transitado estas tierras antes que nosotros. Además de santo Toribio de Mogrovejo, pensemos en santa Rosa de Lima: su oración y su entrega a los necesitados nos recuerdan que la fecundidad apostólica depende de nuestra unión con el Señor y, por ende, del cuidado de nuestra propia vida espiritual en el ministerio episcopal.

De san Francisco Solano aprendemos a cruzar fronteras para anunciar el Evangelio. Su espíritu misionero y gozoso nos recuerda que la Iglesia existe para proclamar a Jesucristo, especialmente a quienes viven en las periferias humanas y geográficas.

San Martín de Porres y san Juan Macías nos enseñan, desde su humildad, a reconocer a Cristo en los más pequeños; de estos santos aprendemos también que la caridad comienza con un gesto sencillo, una escucha atenta y nos recuerdan que ninguna persona puede ser medida por su prestigio, su origen o su posición social. En este sentido, permítanme referirme a una realidad que nos ha causado tanto dolor: los abusos perpetrados por miembros del clero o en el

contexto eclesial. Hemos de responder como lo haría Jesús, con la verdad, la justicia, con perdón, con reparación y un compromiso cada vez más decidido a favor de una cultura de la prevención y protección de los más débiles frente a estos delitos.

Las vidas de los santos, distintos entre ellos, pero movidos por una única fe: obispos, sacerdotes y laicos; españoles, criollos y mulatos, representan la unidad de la Iglesia del Perú y forman una escuela de santidad. Ellos siguen recorriendo con nosotros, aquí y ahora, los muchos senderos del único *Camino*, enseñándonos a ser *in Illo uno unum*.

Queridos hermanos obispos: en este mismo lugar, en el 2018, yo estaba sentado por ahí detrás entre ustedes, y recibimos de nuestro querido Papa Francisco una vehemente exhortación a trabajar por la unidad; recuerdo que nos dijo: «no se queden presos de divisiones que parcializan y reducen la vocación a la que hemos sido llamados: ser sacramento de comunión. [...] Esa era, es y será la mejor evangelización» (*Encuentro con los Obispos, Lima, 21 de enero de 2018*). En efecto, la comunión entre ustedes, entre nosotros, es el fundamento de la credibilidad del Evangelio que anuncian.

Nuestra misión como obispos nos pide ser constructores de puentes, favorecer el diálogo, educar para el encuentro y ayudar a sanar las heridas que dividen a la sociedad peruana. Para ser eficaces en ello, nos ayuda abrir el corazón también a nuestros hermanos obispos: cultivar la confianza, compartir las dificultades y fortalecer la fraternidad episcopal. Ningún obispo debería sentirse solo en el camino. Ninguna Iglesia particular debería vivir su misión como si fuera ajena a la de las demás. En y desde la comunión, el obispo será instrumento para impedir que las polarizaciones sociales o políticas debiliten su misión profética y evangelizadora.

Finalmente, queridos hermanos, el obispo ha de abrir el corazón al Perú de hoy. Un camino antiguo conserva su valor cuando sigue permitiendo que las personas lleguen a su destino. Debemos preguntarnos qué caminos conducen verdaderamente hacia Cristo y denunciar los falsos. El Perú de hoy necesita pastores capaces de escuchar las preguntas de su tiempo, e iluminarlo con la claridad del Evangelio, para acompañar a las familias, sostener a los jóvenes, defender la vida y la dignidad de cada persona, favorecer la justicia y comprometerse con la custodia de la creación, ayudando, particularmente, a quienes sufren la pobreza, la exclusión, la corrupción, la violencia y la falta de oportunidades.

Esta misión exige unir la fidelidad doctrinal con la cercanía pastoral; la celebración de los Sacramentos con el compromiso hacia el prójimo; la formación de la conciencia con el testimonio concreto de la caridad.

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana. Ante el Sagrario recuperamos la perspectiva correcta de nuestro ministerio: la Iglesia no nos pertenece; es de Cristo. Nosotros somos mensajeros que un día concluiremos nuestro camino. ¡Solo Dios permanece!

Que nunca nos falte tiempo para estar con el Señor y acompañar a quienes necesitan experimentar la paternidad espiritual del obispo. Porque el obispo unido a Cristo, incluso en medio de sus limitaciones, es instrumento de consuelo, unidad y esperanza.

Quisiera finalizar con tres invitaciones:

Primera: no dejen de caminar con este pueblo.

Segunda: no dejemos de caminar juntos, en comunión episcopal como testigos de la unidad que anunciamos.

Tercera: no dejemos de abrir el corazón: a Dios, para que renueve nuestra vocación; a los hermanos, para que se sanen las divisiones; y a su pueblo, para que encuentre en ustedes al «padre obispo» cercano, valiente y misericordioso.

Que santa María, Madre de la Iglesia, así nos lo conceda, para que todos los hijos de esta linda tierra—en las alturas andinas, en los valles, en la Amazonía, en la costa y en las islas— encuentren en la Iglesia un hogar donde sean recibidos, escuchados, amados y conducidos hacia Jesucristo. Muchas gracias.

Volver al índice

CELEBRACIÓN DE LA HORA MEDIA CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS, LOS EQUIPOS SINODALES Y LOS CONSEJOS PASTORALES

Homilía del Santo Padre León XIV Basílica Catedral de San Juan Apóstol y Evangelista (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Queridos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas, miembros de los Consejos pastorales y de los Equipos sinodales, hermanos todos en Jesucristo:

Con gran gozo me encuentro de nuevo en tierra peruana, cercano a una Iglesia que me es tan querida. Vengo como padre y hermano en la fe; como pastor que ama a su grey.

Llegué a Perú por primera vez hace muchos años, enviado a servir al Pueblo de Dios y a edificar su Reino, a promover la paz en la justicia, con especial cuidado por los más débiles. Regreso hoy para animarlos a continuar la obra de difusión del Evangelio, atentos a la vida y a las necesidades de las personas. Con este objetivo, quisiera que reflexionáramos juntos sobre algunas actitudes que son importantes para ser Iglesia y para construir la civilización del amor cimentada realmente en el bien común. A ello nos ayuda la lectura breve que acabamos de escuchar; se trata de la primera carta de san Juan (cf. *1 Jn* 3,23-24).

La primera idea que nos ofrece es la invitación a creer «en el nombre de su Hijo, Jesucristo» (v. 23), es decir, *mirarlo* a Él como

único fundamento sobre el cual edificar nuestro templo de piedras vivas (cf. *Ef* 2,19-22). Cristo es la Luz, la Palabra, el Pan, y la Iglesia crece allí donde los hombres viven unidos entre sí gracias a la comunión con Él. Nos lo confirma la búsqueda constante de Dios que ha caracterizado la vida de tantos santos, como la del obispo santo Toribio de Mogrovejo, apóstol incansable, emprendedor y creativo, valiente defensor de los pobres, pastor generoso, dispuesto a desgastarse por su grey. Sin embargo, si queremos llegar a la fuente de tanta energía y dinamismo, debemos fijarnos en su íntima relación con el Señor, en cuyo seguimiento hasta la cruz encontró el sentido, el criterio y la fuerza de toda su misión. Es ahí donde también nosotros debemos inspirarnos para servir a la comunidad, aprendiendo a leer nuestra historia a la luz de la Pascua. Contemplando al Crucificado-Resucitado, al Señor de los Milagros, en los «signos» de su bondad encontraremos una guía segura para nuestro camino.

El segundo valor que quisiera recordar es el de la *reconciliación*. Juan, en su carta, dice que es voluntad de Dios que «nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que nos dio» (*1 Jn* 3,23). Perú lo necesita mucho, necesita una Iglesia que siembre amor, capaz de construir puentes en donde otros levantan muros, capaz de escuchar, sanar, perdonar y, al mismo tiempo, que esté dispuesta a reconocer las propias infidelidades y pedir perdón con humildad, asumiendo la responsabilidad de las heridas que ha causado en su interior y a su alrededor. Necesita una Iglesia que, abrazada a la Cruz, también sepa afrontar los conflictos con caridad y valentía, con la fe de que en Cristo siempre se puede recomenzar y encontrar unidad, porque, como dice san Pablo, todo esto no es solo obra nuestra, sino que «proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo

por medio de Cristo, confiándonos el ministerio de la reconciliación» (*2 Co* 5,18).

Solo de este modo seremos, según la expresión tan querida por el Papa Francisco, verdaderos *artesanos de paz* (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 225). Y este es el tercer punto sobre el cual quisiera reflexionar. Muchas veces me han escuchado hablar de la necesidad de promover en el mundo una «paz desarmada y desarmante» (*Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2026). Constituye una urgencia real, a la que se tiene que responder cultivando, en cada circunstancia, día tras día, los valores del diálogo y la fraternidad, y evitando cualquier polarización que sea causa de división. La paz inicia siempre «aquí y ahora» y depende de nuestro modo de comportarnos, de mirarnos, de respetarnos y de escucharnos. Si queremos difundirla, primero debemos custodiarla y cultivarla, delante de Dios, en nosotros mismos y entre nuestros seres queridos, para después difundirla en las comunidades y en los distintos ámbitos de la vida social y política.

Así seremos auténticos artífices de esa *comunión*, que la familia de los bautizados está llamada a encarnar, para ser cada vez más, en Cristo, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). La unidad, para el cristiano, es una dimensión irrenunciable de la existencia, que exige una continua conversión del corazón, a nivel personal y comunitario. El Bautismo nos hace, por la gracia, miembros del único Cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12,12-13), pero nos corresponde a nosotros, en nuestra dignidad de personas libres, aceptar o no, cada día, el don que nos ha sido dado. A este propósito, Jesús expresó, en la Última Cena, el deseo del Padre: «Que todos sean uno [...] para que el mundo crea» (*Jn* 17,21).

La cuestión, entonces, es cómo actuar y hacer visible nuestro ser «uno», empleando cada medio oportuno, y haciendo incluso de las diferencias y de las heridas ocasiones para crecer juntos, en la estima recíproca y el perdón. La comunión no es plena homogeneidad, ni es necesariamente consenso inmediato, sino espacio en el que las diferentes voces, con la ayuda del Espíritu y bajo la guía de los pastores, aprenden a fundirse sin anularse, creando armonía. Esto requiere saber escuchar con apertura incluso lo que no coincide con la propia percepción, acogiendo el dolor del otro sin juzgarlo y dejándose tocar por su historia. Solo así se podrá realizar, en nuestras comunidades, esa corresponsabilidad que a cada uno nos convierte en profetas de la Buena Nueva.

Y esto nos conduce al último aspecto de nuestra reflexión: la *misión*. «La Iglesia [...] es misionera por su naturaleza» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 2); constitutivamente nos impulsa a anunciar el amor de Dios que ha recibido y en el que cree (cf. *1 Jn* 4,16). Por ello, los exhorto a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, a mantener viva la llama de este amor, para dar un testimonio creíble y alegre, cada uno de acuerdo a su vocación: los obispos, reconociendo como pastores la voz de Dios que habla a través de la vida de la grey, en especial en la escucha y la cercanía a los sacerdotes; los sacerdotes, cultivando un intenso amor a Cristo, fidelidad y obediencia a la Iglesia y acompañamiento a los hermanos y hermanas de quienes son responsables; los consagrados y las consagradas, renovando cada día la profesión de su «sí» con una vida verdaderamente evangélica y pidiendo al Espíritu Santo la gracia de «renacer de lo alto» (cf. *Jn* 3,3); los seminaristas, cultivando la belleza y la frescura de la llamada, manteniendo viva la relación con Jesús y cuidando la vida interior. Y ahora a ustedes, miembros laicos de los Consejos pastorales y los Equipos sinodales,

les pido continuar comprometidos con el trabajo que han iniciado; la Iglesia necesita de ustedes, de su contribución, de su fe.

Queridos hermanos y hermanas: unámonos todos, hoy y siempre, en la gran sinfonía de comunión cuyo Maestro es Cristo. Cantemos el amor del Padre caminando juntos, con el corazón abierto a la gracia, unánimes, fieles al mandamiento que hemos recibido: «que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros» (*1 Jn* 3,23). Que así sea, con la gracia del Espíritu Santo y la intercesión de María, nuestra Madre.

Volver al índice

ENCUENTRO SOBRE LOS DESAFÍOS Y LAS ESPERANZAS PARA EL FUTURO DEL PUEBLO PERUANO

Discurso del Santo Padre León XIV Plaza frente a la Catedral (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, mi querido pueblo peruano: ¡Buenos días!

Gracias por estar aquí y acogerme con el corazón abierto, como su *hermano y compañero de camino*. Me hacen sentir en casa. ¡Muchas gracias! Deseo caminar estos días entre ustedes como san Juan el Bautista, siendo testigo de la Luz que ilumina a todo hombre: Jesucristo, el Hijo de Dios (cf. *Jn* 1,6-9). Pongámonos a la escucha del Maestro, que en estas tierras se venera de modo tan especial con la advocación del Señor de los Milagros, para acoger lo que Él quiere decir al Perú en estos días.

Los desafíos que han mencionado no pueden afrontarse de manera aislada, porque la familia, la diversidad cultural, el mundo del trabajo y la condición de las mujeres forman parte de una misma realidad humana en profunda interdependencia. La Doctrina social de la Iglesia nos ofrece elementos para comprenderla: en el centro de toda organización social, económica y política debe estar la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, dotada de una dignidad infinita y llamada a vivir en relación con los demás. Sobre esta base se articulan el bien personal, familiar y social en una única realidad.

En la centralidad de la dignidad humana se fundamentan otros principios esenciales para orientar las decisiones personales, familiares, empresariales e institucionales, como son el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad.

La vida humana no comienza en el vacío: nace del amor entre un hombre y una mujer que, entregándose recíprocamente, se abren al don de una nueva existencia. El hijo es fruto de esta comunión, no un producto, y lleva en sí, desde el principio, la huella de la relación de la que procede. Su inicio, fragilísimo, es cuidado en el seno de la madre, primer lugar de acogida, donde este vínculo originario se hace cercanía y protección. Según el designio del Creador, el ser humano es engendrado y crece en esta trama de relaciones. Así, la dignidad de la vida naciente encuentra en la familia su espacio propio.

Iluminados por el Evangelio y en consonancia con las ciencias humanas, la Tradición de la Iglesia afirma que la familia es la primera sociedad natural con derechos propios. Esto significa que la familia antecede a cualquier ley escrita, la cual debe simplemente reconocerla y protegerla, y las Instituciones públicas deben ayudarla, no sustituirla (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 214).

Ciertamente, como ustedes han dicho, los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres, que buscan desarrollar nuevas actitudes y estilos, en la familia y en la sociedad, a veces por vías equivocadas (cf. *Documento de Aparecida*, 49). Esta situación nos demanda proponer con mayor ahínco que Dios ha creado al ser humano varón y mujer (cf. *Gn* 1,27) y, solamente en esta unión, se expresa la reciprocidad y la complementariedad, desde donde se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de todos por una sociedad mejor.

Sin embargo, vivir en la verdad de nuestro ser varón y mujer no justifica la desigualdad en la responsabilidad de las tareas domésticas, ni la subordinación de un cónyuge a otro. Debemos seguir trabajando para armonizar el rol del varón y de la mujer en las familias y afirmar que ambos son corresponsables en la construcción del futuro de la sociedad.

Nuestra fe nos ofrece una comprensión del ser humano que nos ayuda a superar las tensiones que surgen al examinar las nuevas tendencias culturales. Así, el amor cristiano nos ayuda a entender que amar es servir a Dios y al prójimo. Con esta clave se declina el significado profundo de ser padres y madres, hijos, nietos o abuelos; favoreciendo el diálogo, la paciencia, la bondad, el perdón y el servicio mutuo (cf. *1 Co* 13). Profundizar en ello es una fuente fecunda de espiritualidad en el hogar.

Cada miembro de la familia está llamado a aportar de modo original y creativo los dones y talentos que ha recibido. Nadie está exento de cuidar al otro, de tener gestos de delicadeza y ternura, de trabajar con responsabilidad, de escuchar con paciencia, de enseñar con el ejemplo. A este respecto, quisiera destacar a tantas madres que muchas veces sufren y se encuentran solas, teniendo que afrontar numerosas dificultades para poder llevar adelante a sus hijos, para que crezcan sanos y lleguen a ser hombres y mujeres de bien. Quiero agradecer de modo especial a estas mujeres —madres, tías, abuelas— que, con gran valentía, transmiten a las generaciones futuras, con el ejemplo de sus vidas, la fe y la esperanza cierta.

Sabemos también que muchas familias están heridas, divididas por problemas económicos o por la emigración a otro país, lastimadas por la irrupción de los vicios, como la adicción a los juegos de azar y a las apuestas, el alcoholismo y la drogadicción, los abusos o la violencia doméstica. Dios ama a todas las familias,

especialmente a las que están atravesando momentos críticos. A ellas quiero decirles: ¡no se rindan ante la dificultad! Miren el ejemplo de la Sagrada Familia, tampoco les resultó fácil construir un hogar. Ellos también, como muchas de nuestras familias, tuvieron que mantener la fe y la confianza en Dios en situaciones de incertidumbre y precariedad, tuvieron que cambiar de ciudad y trabajar para mantenerse, tuvieron que afrontar la soledad, el dolor y la incomprensión. Pero ellos también nos enseñan que, cuando Dios está en nuestra familia, es posible crecer y seguir caminando, afrontar los problemas, estar de pie junto a la cruz y compartir juntos la alegría de la fe.

Un reto muy actual que también han mencionado es el del impacto digital en la familia. Recientemente, en la Encíclica *Magnifica humanitas*, he expresado cómo la tecnología actual tiene el riesgo de suplantar la convivencia real, exponiendo a los miembros de la familia a la distracción y a contenidos, a veces, nocivos. A este respecto, es indispensable una alianza entre la política, las instituciones educativas y las familias para solucionar juntos los problemas que de ello surgen (cf. n. 142).

Los hijos e hijas de nuestros hogares son al mismo tiempo los ciudadanos de Perú, son los empresarios y trabajadores de nuestras ciudades y campos. Esto nos conduce al mundo empresarial, llamado a ser un verdadero protagonista de la construcción del bien común. La empresa es una comunidad de personas en la que el capital, la dirección y el trabajo deben ordenarse al desarrollo humano integral (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 338). Resulta entonces necesario que la legítima autoridad ayude a empresarios y trabajadores estableciendo un marco jurídico justo y garantizando contemporáneamente un equilibrio razonable entre trabajo, descanso y vida familiar. La estabilidad de sólidas relaciones

humanas y económicas en el seno de las familias son una responsabilidad compartida.

Cuando somos conscientes de esta interdependencia vital, descubrimos que el bien común es la conquista conjunta de un bien mayor (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 62), para que la riqueza y los recursos de la sociedad no se orienten exclusivamente al beneficio de unos pocos, sino que contribuyan al desarrollo de todos (cf. *ibíd.*, 65).

En esta interdependencia, la educación se vuelve un instrumento práctico para que los principios se vuelvan concretos. Educar hoy a nuestros niños concordemente con su propia dignidad, garantiza una sociedad honesta para mañana. A este respecto, un Estado refuerza los cimientos de una sociedad justa y en paz, cuando promueve una política social que se centre en la igual dignidad de las personas, favorezca a las familias, garantice una política educativa para la formación humana e intelectual de los alumnos, así como una política laboral que proteja al mismo tiempo la dignidad del trabajo y la iniciativa privada (cf. *ibíd.*, 168).

La centralidad de la dignidad humana ilumina igualmente nuestra manera de comprender la diversidad cultural. Perú es un país bellísimo precisamente por su pluralidad cultural, lingüística, histórica y regional. Como cantamos en un vals criollo: «ricas montañas, hermosas tierras; risueñas playas, fértiles tierras; cumbres nevadas, ríos, quebradas ¡Es mi Perú!». Las diferencias favorecen el encuentro y el enriquecimiento mutuo. Precisamente porque somos diferentes creamos común-unidad: comunidad.

Sin embargo, como en toda convivencia humana, a veces, las heridas históricas y la desconfianza hacen difícil comprenderse unos a otros. No es posible aceptar expresiones o comportamientos para

clasificar, ofender o juzgar a las personas por su apariencia, procedencia o condición social, bajo el pretexto de ciertas «bromas» o jerga popular. Junto al desarme del lenguaje, mediante la renuncia a palabras hirientes (cf. *Mensaje para la cuaresma 5 de febrero de 2026*), hemos de desarmar también nuestras actitudes.

Las actitudes agresivas se desarman con la mansedumbre. Jesús mismo nos pide: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29). Esa mansedumbre no es debilidad sino fuerza interior que modera la ira y el resentimiento transformándolo en paciencia, diálogo y disposición a la reconciliación. Jesús ha mostrado esta virtud de forma cumbre durante su Pasión, cuando no respondió a las ofensas con violencia ni amenazas. Oremos para que, en el imperio del sol, *intipa imperion*, seamos reflejos de esa luz, que es Cristo, el «sol que nace de lo alto» (*Lc* 1,79).

En este contexto, cómo no recordar a santo Toribio de Mogrovejo, que difundió el Evangelio sin imposiciones en medio de pueblos diversos con lenguas diferentes, que afrontaron el reto de una convivencia pacífica y de la unidad y comunión en Cristo.

La diversidad cultural puede transformarse en un vehículo de pacificación cuando comenzamos a reconocer al diferente como un hermano que merece ser respetado. La unidad en la diversidad es obra del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, es algo que debemos cultivar y reforzar, para ser signos de unidad en Cristo (cf. *Hch* 2). La Iglesia católica abraza en su seno al mundo entero y al mismo tiempo asume la fisonomía de cada lugar (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 26). Ella habla todas las lenguas (cf. S. Agustín, *Sermón* 268), como lo evidenció el Catecismo limense.

El reconocimiento de la dignidad humana también exige promover efectivamente la presencia, el respeto y la participación de

las mujeres. Su contribución en todos los ámbitos de la sociedad y de la Iglesia es indispensable. Es triste constatar que persiste una mentalidad machista, que se manifiesta en la ausencia del padre en la vida familiar, los abusos y la violencia hacia las mujeres, ignorando la novedad del cristianismo, que reconoce y proclama que ambos poseen igual dignidad y responsabilidad (cf. Benedicto XVI, *Discurso Inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 2007*).

Las mujeres en situación de pobreza o miembros de comunidades indígenas y afroamericanas son susceptibles de sufrir, incluso, una doble marginación (cf. *Documento Aparecida*, 454). Por eso, nos duele constatar que la violencia contra las mujeres —que podrían ser nuestras abuelas, madres, hermanas, hijas— sigue siendo una realidad que hiere a la humanidad entera.

Quisiera reiterar un vehemente llamamiento, no sólo a mis hermanos y hermanas en la fe, sino a cada hombre y mujer de buena voluntad: ¡valoremos a las mujeres! ¡protejamos y respetemos a las niñas! (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 57).

La Iglesia valora la riqueza, los talentos y la sensibilidad propios de la mujer, cuyo modelo eximio es la Virgen María, «Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Marialis cultus*, 36). Del Evangelio, en efecto, emerge su figura de mujer libre y fuerte, orientada siempre al verdadero seguimiento de Cristo y a acompañar la misión de la Iglesia (cf. *Documento Aparecida*, 266).

Queridos hermanos, queridas hermanas: la familia, el ámbito empresarial, la diversidad cultural y el rol de las mujeres convergen, por tanto, en una misma exigencia: construir una sociedad en la que

cada persona pueda vivir con dignidad y contribuir al bien de todos. Las estructuras justas son necesarias, pero no suficientes. También se requieren corazones honestos en la búsqueda del bien común para superar la corrupción, la violencia y el individualismo (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 169).

Como discípulos misioneros de Jesucristo, hagamos de nuestros hogares escuelas de fraternidad; de nuestras empresas, comunidades de trabajo digno y responsabilidad social; de nuestras diferencias culturales, oportunidades de encuentro; y de nuestras instituciones, espacios donde las mujeres y los hombres puedan participar y contribuir al bien común. Así avanzamos hacia una sociedad más justa y en la que la dignidad de cada persona es el fundamento de una paz verdadera. Muchas gracias.

Después del discurso

¡Muchas gracias! Ahora, hermanas y hermanos, les invito a rezar juntos con las mismas palabras que Jesucristo nos enseñó. Padre Nuestro…

[Bendición]

¡Dios bendiga al Perú!

Volver al índice

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES Y LOS UNIVERSITARIOS

Discurso del Santo Padre León XIV Estadio Nacional del Perú (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Discurso del Santo Padre

¡Buenas noches Lima!, ¡el Callao!, ¡el Carabayllo!, ¡Estarán de Lurín y Chosica! Buenas noches a todos. Alguien me ha dicho que en el Perú hace falta un signo de esperanza; pues hoy aquí en el Estadio Nacional son ustedes el signo de esperanza.

¡Qué alegría encontrarme con ustedes! Gracias por este recibimiento tan afectuoso. Agradezco las palabras del Cardenal Castillo y las preguntas que los jóvenes me han dirigido, así como la sinceridad con que Joao, Emily y sor Luzbinda nos han abierto sus corazones. Lo que nos han contado me ofrece la ocasión de compartir con ustedes una escena del Evangelio de san Juan.

Un día, Juan el Bautista estaba con dos de sus discípulos cuando vio pasar a Jesús. Señalándolo, dijo: «Este es el Cordero de Dios» (1,36). Al escuchar esto, los dos comenzaron a caminar detrás de Él. El Señor, al darse cuenta de que lo seguían, los miró y les preguntó: «¿Qué buscan?» (v. 38). ¡Qué hermosa pregunta! Son las primeras palabras de Jesús que aparecen en este Evangelio. Quisiera que cada uno de ustedes escuchara esa pregunta como si Jesús se la hiciera hoy: ¿Qué buscas? ¿Qué deseas encontrar? ¿Qué esperas de la vida?

No tengan prisa por responder. Hay preguntas que nos acompañan durante mucho tiempo. Piensen en aquello que más los entusiasma, en las personas que aman y en los sueños por los que estarían dispuestos a luchar. Piensen también en esas inquietudes que a veces les roban el sueño y en lo que les gustaría cambiar. Jesús se interesa por todo ello, porque se interesa por ustedes.

Hay una palabra que puede ayudarnos a comprender esa búsqueda: *pasión*. La utilizamos para hablar de aquello que amamos intensamente, que despierta nuestro entusiasmo y nos mueve a entregar lo mejor de nosotros mismos. Pero también nos recuerda el sufrimiento, las experiencias que parecen apagar nuestras ganas de seguir adelante. Hay jóvenes que se sienten solos, incluso estando acompañados. Otros cargan con el dolor de una pérdida o con la incertidumbre acerca de su futuro. A veces nos preguntamos por qué Dios permite ciertas cosas o por qué parece guardar silencio cuando más lo necesitamos.

Recordemos entonces cómo el Bautista presentó a Jesús: «Este es el Cordero de Dios». Aquellos discípulos todavía no podían comprender lo que anunciaba ese nombre. Más adelante descubrirían su significado a la luz de la *Pasión* del Señor, que entregó su vida en la cruz. Jesús también conoció la angustia y la oscuridad del sufrimiento. Desde la cruz llegó a exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mc* 15,34). Cristo, en medio de aquel sufrimiento, siguió amando. Él no quiso la cruz; quiso nuestra salvación: por amor a nosotros, aceptó cargar con ella hasta el final. Así, aquel instrumento de muerte se convirtió, por su entrega, en el lugar donde se manifestó su amor apasionado, capaz de vencer a la muerte.

Queridos jóvenes, cuando sufran, acudan a Jesús. No tengan miedo de hablarle con sinceridad, incluso cuando les cueste

encontrar palabras para rezar. Él conoce nuestras lágrimas y las preguntas que todavía no sabemos responder. Busquen también la compañía de quienes los quieren: hay dolores que necesitan tiempo y una mano amiga. La fe nos sostiene en ese camino y nos recuerda que el sufrimiento nunca tiene la última palabra. ¡Apasiónense por todo lo que merece la pena, por lo que es verdadero, bueno y bello! Cultiven sus talentos, descubran la riqueza de su cultura, atrévanse a emprender proyectos generosos. El Papa Francisco recordaba que esa «inquietud insatisfecha» puede impulsarnos a tomar la vida en nuestras manos y hacernos responsables de una misión (cf. Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 138). No se conformen con vivir siguiendo lo que otros esperan de ustedes. Dios los ha creado capaces de realizar un bien que nadie más podrá hacer exactamente de la misma manera.

Volvamos ahora a los dos discípulos. A la pregunta de Jesús respondieron: «Maestro, ¿dónde vives?». Y Él les dijo: «Vengan y vean» (*Jn* 1,38-39). ¡Qué respuesta tan sencilla! Aquellos hombres querían conocer a Jesús, compartir algo de su vida. El Señor no les explicó de antemano todo lo que les esperaba. Para comenzar, bastaba con aceptar aquella invitación. Así comienza también la *vocación*, la segunda palabra que quisiera compartir con ustedes. Todos nos preguntamos qué hacer con nuestra vida y a quién vale la pena entregarle lo mejor de nosotros. Hay respuestas que sólo descubrimos cuando nos atrevemos a caminar con Jesús. San Pablo nos recuerda que Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo (cf. *Ef* 1,4). ¡Antes de que existiéramos, ya éramos amados por Él!

A veces nos preguntamos si seguir la voluntad de Dios implica renunciar a nuestros sueños. De ese temor puede nacer una sospecha todavía más peligrosa: creer que Dios nos priva de algo y que, para

disfrutar plenamente de la vida, necesitamos experimentar también el pecado (cf. *Gn* 3,5). Queridos amigos, quisiera que grabaran en su corazón aquellas palabras del Papa Benedicto XVI: «el mal envenena siempre» (*Homilía, 8 de diciembre de 2005*). ¡No se dejen engañar! ¿Cómo nos daría felicidad aquello que nos hace daño? Dios conoce nuestros deseos más profundos, incluso mejor que nosotros mismos. Él ha puesto en nosotros el deseo de amar y ser felices, y quiere llevarlo a su plenitud.

Como sucedió con los primeros discípulos, muchas veces todo comienza con una invitación sencilla: la de un amigo, una experiencia de servicio o el encuentro con alguien cuya vida nos hace preguntarnos qué importa de verdad. También las historias que hemos escuchado esta tarde comenzaron con una invitación. Lo importante es aprender a reconocer la voz del Señor. Por eso, queridos jóvenes, reserven momentos de silencio ante el Santísimo para encontrarse con Él. Háblenle de sus proyectos y déjense interrogar por su Palabra. No tengan miedo de preguntarle qué espera de ustedes. A algunos los llamará al sacerdocio o a la vida consagrada; a otros, los llamará al matrimonio y a formar una familia. Todos están llamados a poner sus capacidades al servicio de los demás.

Quizá alguno piense que ha cometido demasiados errores o que ya es tarde para comenzar de nuevo. Y yo quisiera decirle: mira a Jesús. Él conoce tu historia y sigue invitándote a caminar con Él. No necesitas tener resuelto todo tu futuro para responderle. Da el paso que hoy puedas dar. Confía en su amor y permite que te acompañe. Muchas veces el Señor nos va mostrando el camino mientras lo recorremos.

El Evangelio continúa con un detalle precioso: aquellos discípulos «se quedaron con Él aquel día» (*Jn* 1,39). San Juan recuerda incluso

la hora: eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Aquel encuentro había dejado una huella que el paso de los años no pudo borrar. ¡Se quedaron con Jesús! Así comenzó una relación que crecería mientras compartían el camino. Y así llegamos a la tercera palabra que quisiera confiarles: *amistad*. También nuestra vocación crece cuando aprendemos a permanecer junto al Señor, a escucharlo y a compartir con Él nuestras alegrías y preocupaciones. Con el tiempo, aquellos discípulos descubrirían hasta dónde llegaba su amor. Durante la Última Cena, Jesús les diría: «A ustedes los llamo amigos» (15,15). Y aquella misma noche pronunciaría unas palabras que quedarían cumplidas la tarde del viernes santo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (v. 13).

¡Ese es el Amigo que los llama! Cultiven esa amistad en la oración, en la Eucaristía y en la escucha de su Palabra. Cuanto más aprendemos a amar a Jesús, más capaces somos de amar como Él. De nuestra amistad con Cristo nace también una amistad más verdadera con los demás, que busca sinceramente su bien, sabe perdonar y permanece fiel, especialmente en las dificultades. ¡Qué hermoso es encontrar amigos que nos hacen crecer y nos acercan a Dios!

La Iglesia nace y vive de esa amistad con Cristo. En ella encontramos hermanos que nos ayudan a seguir adelante. Todos necesitamos que alguien nos escuche, que nos anime cuando faltan las fuerzas o que sencillamente permanezca a nuestro lado. Por eso, no crean que siempre deben mostrarse fuertes, especialmente quienes coordinan grupos o acompañan a otros. Déjense cuidar. Recuerden que también Jesús, en Getsemaní, quiso tener cerca a sus amigos en la hora de la angustia (cf. *Mt* 26,38). No tengan miedo de confiarles sus penas y de buscar en ellos el sostén que necesitan.

Hay un último detalle del Evangelio que quisiera mencionar. Después de aquel encuentro, Andrés fue a buscar a su hermano Simón para decirle: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn* 1,41) y lo llevó a conocer a Jesús. ¡Hagan ustedes lo mismo! Piensen especialmente en quienes atraviesan momentos difíciles. Un gesto de amistad puede cambiar el rumbo de una vida. No tengan miedo de hablar de Jesús y de mostrar con su vida cuánto bien les hace su amistad.

Queridos jóvenes, escuchen la invitación de Jesús y atrévanse a seguirlo. Quisiera repetirles hoy que el Señor «no quita nada, y lo da todo» (Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del Ministerio petrino, 24 de abril de 2005*). ¡Fíense de Cristo! Confíen en Él como en un verdadero amigo, que los conoce, los ama y nunca los abandona. Esa confianza hará crecer cada día su amistad. Pidámosle al Señor, por intercesión de la Virgen María y de los santos peruanos, que aumente cada día esa confianza, que nos ayude a vivir con *pasión* nuestra *vocación* y a permanecer siempre en su *amistad*. Entonces digamos juntos una sencilla oración que nos ayude a confiar cada día más en Jesús. Les invito a repetir conmigo:

Jesús, en ti confío. Jesús, en ti confío. Jesús, en ti confío. ¡Ven, Señor Jesús! Ven a mi corazón, ven a mi familia, ven a mi comunidad. ¡Ven pronto a mi vida! ¡Ven pronto, Señor!

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

Buenas noches. Muchas gracias por esta presencia tan hermosa, por este entusiasmo, porque todos estamos buscando estar unidos siempre en Jesucristo. Vamos a pedir la bendición de Dios sobre

todos ustedes, para que nos ayude a ser siempre fieles, que abramos nuestro corazón, que sepamos escuchar su palabra, sobre todo que estemos unidos como hermanas y hermanos en Cristo.

El Señor esté con ustedes. Bendito sea el nombre del Señor.

Nuestro auxilio es en el nombre del Señor.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Muchas gracias. Buenas noches

Volver al índice

PALABRAS DE SALUDO DEL SANTO PADRE DESDE EL BALCÓN DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA

Palabras de saludo del Santo Padre León XIV Lima. Viernes, 13 de noviembre de 2026

Buenos días, buenos días, buenos días.

Un breve saluto, prima di partire per la seguente fermata di questo viaggio apostolico. Perdón, estoy hablando italiano; aquí en casa se habla italiano.

Buenos días. Pues, en este hermoso día, ahora preparados para viajar al próximo lugar de la visita. Ahora voy a Chiclayo. Y queremos continuar con ese mismo espíritu, de alegría. Mi agradecimiento al Señor por tantas bendiciones, por la fe, por la vida, por el respeto de la dignidad humana de cada uno. Viviendo esta unidad, como la estamos viviendo aquí en Lima estos días.

Que el Señor bendiga a todos ustedes, que su presencia con ustedes en sus corazones, en sus familias, desde siempre está viva y siempre con mucha esperanza, y que sigamos trabajando todos los días.

El Señor esté con ustedes. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Feliz día, muchas gracias.

Volver al índice

CHICLAYO

13-14 de noviembre de 2026

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Explanada ante las «Pampas de Pimentel» (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

¡Qué alegría volver a Chiclayo! Es una bendición para mí estar de nuevo con ustedes. Gracias por su cariño, el apoyo y sus oraciones, en particular por mi salud en estos momentos de prueba que, con la ayuda de Dios, estoy superando. Al ver sus rostros me nace de manera espontánea una oración de acción de gracias al Señor por las bendiciones que ustedes han sido y son para mi vida y para mi ministerio episcopal. Los tengo muy presentes en mis plegarias; también les pido que sigan orando por mí para que Nuestro Señor Jesucristo me conceda la gracia de continuar confirmando a mis hermanos en la fe.

La liturgia de hoy nos invita a dirigir nuestra mirada hacia el deber urgente e ineludible de todo bautizado: el anuncio del Evangelio. Y, al mismo tiempo, nos da la oportunidad de crecer en la conciencia de que todos los cristianos, ministros ordenados y fieles laicos, somos discípulos misioneros, sin importar nuestra función en la Iglesia ni el grado de ilustración de la fe que tengamos. En la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el Papa san Pablo VI recordó que ningún bautizado puede ser indiferente a la tarea de la evangelización, porque esta constituye la misión esencial de la Iglesia, su vocación más profunda y su razón de ser.

Dios, en su sabiduría, ha querido que la Iglesia fuera «como un sacramento universal de salvación» (cf. Conc. Vat. II, Const. dogm.

Lumen gentium 1; 48). Esta, sostenida por el Espíritu Santo, lleva adelante la misión de anunciar a Jesucristo, para que, en obediencia al mandato misionero que recibió de Él (cf. *Mt* 28,19-20), su obra redentora alcance a todos los confines de la tierra y transforme las realidades humanas según los valores del Evangelio.

El anuncio de Jesucristo es una tarea crucial; frente a ella, con frecuencia nos sentimos inadecuados. Como discípulos misioneros del siglo XXI, ¿cómo podemos anunciarlo hoy? Como familia, comunidad parroquial o comunidad diocesana, ¿cómo podemos llevar adelante la misión de evangelizar? La respuesta a estas preguntas es: a través del testimonio de una vida auténticamente cristiana y coherente. Primero: poner a Jesucristo en el centro, tanto del anuncio como de la existencia. Luego, la coherencia, no podemos pensarla solo como fruto de la propia voluntad, sino también como una gracia que hemos de implorar al Señor, y que estamos llamados a secundar con nuestro compromiso y esfuerzo personal. Porque solo Él tiene la fuerza de transformar nuestras vidas para que tengamos un impulso renovado en el anuncio y la transmisión de la fe y, de este modo, ayudar a los hermanos y hermanas que encontramos durante nuestro peregrinar, a vivir una relación personal con Cristo, para descubrir la alegría del Evangelio.

El encuentro personal con Jesucristo —un don que no se nos niega— tiene su centro de gravedad en la Última Cena, donde Él, al entregar su cuerpo como pan de vida y su sangre como bebida de salvación (cf. *Mt* 26,26-28), pide al Padre que todos sus discípulos sean uno, para que el mundo crea (cf. *Jn* 17,21). El Señor nos espera, principalmente, en la Eucaristía y en la Palabra, las dos mesas de las que vivimos y nos nutrimos. Pero también viene a nuestro encuentro en la comunión eclesial y en la acogida fraterna de nuestro prójimo, en quien se hace presente y necesitado. Por tanto, evangelizar no es

imponer doctrinas ni confiar en estructuras eficaces, sino dar testimonio de ese encuentro real con Jesucristo.

La evangelización, en efecto, se centra en el testimonio de vida y la cercanía comunitaria. Sin el testimonio, no es posible el anuncio explícito de Jesucristo. Como nos recordaba el Papa Francisco, la evangelización se fundamenta en la fe y en «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 36), y no en los persuasivos discursos de la mera sabiduría humana ni en el proselitismo (cf. *1 Co* 2,1-5). Esta es además una tarea plasmada por el júbilo, puesto que la alegría del Evangelio se renueva y se multiplica al compartirlo.

La trasmisión alegre y vivificante del mensaje de salvación comporta, por nuestra parte, una actitud de humildad y solicitud, un respeto profundo a la conciencia y la libertad de cada persona. En esta tarea, puede sernos de ayuda el recuperar la «oración compartida», sobre todo en los hogares, haciendo memoria de que las familias cristianas constituyen el núcleo misionero, porque como «pequeñas Iglesias domésticas», llevan a sus miembros a participar activamente en la vida de las comunidades locales, de la gran comunidad de la Iglesia universal y de toda la sociedad.

En este sentido, la lectura de la segunda carta de Juan, que hemos escuchado, nos ayuda asimismo a considerar cómo la dimensión de la caridad es indispensable para evangelizar: la proclamación de la fe va unida a la caridad y la ayuda a los más necesitados. En esa carta, Juan hace un llamado urgente al amor fraterno: para un bautizado el amor hacia el prójimo es el corazón del mensaje cristiano; el mandamiento recibido «desde el principio» (*2 Jn* 1,5). Un amor práctico, comprometido y respetuoso que evidencia, además, el vínculo indisoluble entre el anuncio evangélico

y la búsqueda de la transformación de las estructuras de la convivencia humana (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 30).

Al mismo tiempo, la caridad es inseparable de la verdad, que no consiste en una teoría, una idea abstracta o una utopía, sino en una persona, Jesucristo, que nos invita a conformar nuestras vidas con la suya, en fiel obediencia a sus mandamientos. La consonancia entre caridad y verdad nos pide hacer concreta nuestra fe difundiendo con alegría renovada el fragante perfume de la santidad. Recordemos que, sin verdad, el amor cae en mero sentimentalismo, y la verdad sin amor se vuelve rígida y fría (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 3).

Por eso, la evangelización debe enfrentarse hoy a las condiciones y dinámicas cambiantes en la transmisión de la fe. En algunas regiones del mundo, esta transmisión se ha interrumpido casi por completo; esta situación exige de todos nosotros el valor de asumir nuevos desafíos, como la indiferencia religiosa, el materialismo o el egoísmo, que dictan decisiones cotidianas. Este compromiso nos llama a mantener la armonía entre un corazón lleno de amor a Dios y al prójimo y una mente anclada en la verdad del Evangelio.

Queridos amigos: la misión no se improvisa. Anunciamos lo que hemos encontrado, más aún, la salvación que hemos experimentado, el perdón de los pecados que se nos ha concedido y el descubrimiento del sentido auténtico de la vida, porque «todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120).

Ruego al Señor que este amor inflame la vida de cada uno de nosotros que, como bautizados, como comunidad cristiana, salgamos al mundo, para contagiar a los demás con la alegría que nace del

encuentro con el Señor resucitado y hacerla presente en el seno de nuestras familias; en nuestros entornos de trabajo, con el buen desempeño de nuestra labor profesional; en el ámbito público, desafiando a la tentación de relegar la fe a la esfera individual. En este compromiso apostólico, la Iglesia nos ayuda a tomar conciencia de que, como piedras vivas, tenemos una común responsabilidad en la construcción del templo de Dios (cf. *1 Pe* 2,5).

Queridos hermanos y hermanas: el mundo nos espera y la misión está en sus inicios. Por eso los invito —ya desde esta primera celebración de nuestro reencuentro ante el altar del Señor— aquí en Chiclayo y en todo el Perú, a que asumamos el compromiso de compartir la viva esperanza, que es Jesucristo, y «desbordemos» de Evangelio nuestros caseríos, los pueblos y ciudades para proclamar a todos la «gloria del Señor». Que la intercesión de Nuestra Señora de la Evangelización nos ayude en la tarea de anunciar la Buena nueva a toda la creación (cf. *Mc* 16,15). Así sea.

Volver al índice

VISITA PRIVADA A LA CAPILLA SAN ÓSCAR A. ROMERO

Saludo del Santo Padre León XIV Capilla San Óscar A. Romero (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Queridos hermanos, queridas hermanas. A Monseñor Edinson, Obispo de esta querida Diócesis de Chiclayo, al Padre Alonso, párroco de la Parroquia de San José Obrero, y a todos los miembros de esta comunidad de la Capilla San Óscar Romero, les deseo muy buenas tardes.

Cuán hermoso es, de verdad; es una bendición de Dios encontrarme aquí con ustedes. Estoy muy agradecido a Dios. Estoy muy agradecido también a todos aquellos, tantos aquí presentes, que han colaborado para hacer realidad el sueño de esta nueva capilla dedicada a San Óscar Romero. Gracias a todos los que han participado en este proyecto.

Quiero agradecer, al mismo tiempo, a toda la comunidad por sus oraciones por mi salud. Y como saben, hace apenas un mes que tuve que ser operado, y Dios, con su gracia, ha sido grande. Yo sé que las oraciones de ustedes y de muchísimas personas más han ayudado a que este servidor se recupere y que esté aquí hoy presente entre ustedes. Muchas gracias.

Jesucristo vino para darnos la salvación y dio su vida muriendo en la cruz, para que nosotros tuviéramos la salvación, la vida eterna. Pero nos invita a todos a entrar en la experiencia de formar parte de su Iglesia, a ser hermanas y hermanos todos unidos en la Iglesia para continuar la misión que Él empezó, pero que quiere que nosotros

continuemos. Y nos llama a todos los bautizados, cada uno según su vocación —los obispos, los sacerdotes, los consagrados y también los fieles laicos— a participar todos en la comunión que es la Iglesia para anunciar la Buena Nueva, para compartir nuestra fe y continuar transmitiendo de unos a otros, de generación en generación, entre vecinos, entre familiares, el amor de Dios. Compartir esta gran noticia de que Jesús camina siempre con nosotros.

La breve visita de hoy se pudo acomodar en medio de tantas otras cosas, pero que yo realmente quería hacer, porque debe ser señal de esta cercanía, de este deseo de formar comunidad y de colaborar, de cooperar siempre, trabajando juntos para continuar la misión de la Iglesia.

Vamos a rezar: los invito a todos ustedes a ponerse de pie para rezar la oración que Jesús nos enseñó. Y les ofrezco muy humildemente la bendición de Dios a cada uno de ustedes, a sus familias, a sus seres queridos, porque creemos y sabemos que Jesucristo está con nosotros.

Oremos: *«Padre nuestro…»*

[Bendición]

¡Que viva Cristo!

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS, LOS EQUIPOS SINODALES Y LOS CONSEJOS PASTORALES

Discurso del Santo Padre León XIV Santuario de Nuestra Señora de la Paz (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

¡Muy buenas tardes a todos! ¡Gracias por esta bienvenida!

Agradezco a monseñor Edinson las palabras que me ha dirigido en nombre de todos, como también los testimonios que hemos escuchado.

Mi saludo cordial a todos los presentes: sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas, equipos sinodales, consejos pastorales y hermanos todos venidos de las parroquias de la diócesis de Chiclayo y de distintas regiones del Perú. Y creo que han venido también algunos de Ecuador. ¡Bienvenidos! Bienvenidos a este encuentro. Gracias por su presencia, en este santuario dedicado a María nuestra Madre en su advocación de Nuestra Señora de la Paz.

Queridos hermanos y hermanas: al venir hoy entre ustedes como Sucesor del apóstol san Pedro, siento aún más fuerte el vínculo que nos une en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios en camino a través de la historia. Ustedes mismos representan muy bien la riqueza de este Pueblo, en la variedad de carismas y ministerios. Una dimensión integrante de la Iglesia, promovida con mucho entusiasmo por el Papa Francisco, es

la sinodalidad, que significa caminar juntos, escuchar, discernir y participar corresponsablemente en la misión. Entonces nos preguntamos: ¿cómo podemos ser una Iglesia más sinodal y misionera?

En la base está nuestro vínculo con Cristo, arraigado en el Bautismo. Todos sabemos que el fundamento de la identidad cristiana es el Bautismo. Por él fuimos incorporados a Cristo, hechos hijos de Dios, miembros de la Iglesia católica y partícipes de su misión. Antes de cualquier servicio, cargo, profesión o ministerio, somos bautizados. Nuestra primera identidad es la de hijos e hijas de Dios y miembros de su Pueblo. Como bautizados participamos todos del sacerdocio de Cristo y de su misión profética; por lo tanto, toda la comunidad es corresponsable en la evangelización. El Bautismo es una vocación permanente a escuchar la Palabra, celebrar la fe, vivir la caridad, participar en la comunidad, anunciar el Evangelio y servir especialmente a los pobres y excluidos.

El primer testimonio que deben dar las comunidades cristianas es el amor fraterno entre sus miembros, reflejo de la Santísima Trinidad (cf. *Jn* 13,34-35; 17,22-23). No hay misión sin comunión.

La comunión de la Iglesia, que la hace signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad del género humano (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1), no es uniformidad. La auténtica comunión valora la diversidad de culturas, vocaciones, carismas y ministerios como una riqueza y los promueve. En esa línea, la autoridad dentro de la Iglesia debe ejercerse como servicio, discernimiento y aprecio de los carismas o las iniciativas, pues la participación de los laicos no es una concesión, sino una expresión de su dignidad bautismal. Una Iglesia sinodal, por otra parte, comparte las alegrías, esperanzas, tristezas y angustias de la humanidad, especialmente de los pobres y de los que sufren como

enseña el Concilio Vaticano II (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1). Escuchar la realidad social y cultural, defender la dignidad humana, acompañar a las familias, los jóvenes, los migrantes, los pueblos originarios, las personas en situaciones de pobreza, el compromiso con la justicia, la paz y el bien común no son tareas opcionales, son exigencias de nuestra misión eclesial.

«Sinodalidad» expresa la idea de caminar juntos. Es una dimensión constitutiva de la Iglesia, que manifiesta al Pueblo de Dios en camino y a la asamblea convocada por el Señor resucitado. Hermanos y hermanas: los animo a descubrir cada vez más la belleza de ser comunidades sinodales. ¿Y cómo? Intentando que cada uno ofrezca su propia contribución, como piedras vivas de un edificio espiritual (cf. *1 Pe* 2,4-5), según las diversas vocaciones y los múltiples dones y ministerios animados por el único Espíritu Santo (cf. *1 Co* 12,1-31).

Esto requiere una espiritualidad fundada en la oración, la escucha de la Palabra, la participación en la Santa Misa, la adoración eucarística, el diálogo fraterno y el discernimiento comunitario. Se trata de un estilo de vida comunitario y pastoral que debe interiorizarse para que pueda ponerse en práctica de manera coherente. De hecho, es fácil hablar de sinodalidad, pero llevarla a la práctica es un reto y exige que todos revisen sus actitudes y comportamientos, empezando por los pastores, los primeros servidores de la comunidad.

Para que las diócesis y las parroquias puedan adoptar este estilo sinodal de comunión, participación y misión, vale la pena revitalizar el papel de los consejos pastorales, en los que algunos de ustedes aquí presentes están comprometidos. Aunque su voto es consultivo, su importancia eclesial es grande: ayudan a escuchar a la comunidad, a conocer la realidad, a discernir prioridades y a formular respuestas

más adecuadas. Por lo tanto, los exhorto a que se garantice que cada comunidad pueda contar con su propio consejo pastoral, cuyos miembros se comprometan también a recibir una formación adecuada.

Queridos amigos y amigas, finalmente quisiera agradecer a cada uno de ustedes por su entrega generosa a la causa del Evangelio. Los animo a perseverar en esta tarea. Que Nuestra Señora de la Paz bendiga sus esfuerzos por hacer que el reino de Dios se arraigue en esta tierra norteña y dé muchos frutos para gloria de Dios y en bien de las almas. Muchas gracias.

Ahora vamos a entrar de nuevo en espíritu de oración, tan importante en nuestra vida.

Ya seamos obispos, sacerdotes, consagrados, consagradas o laicos. Tenemos que vivir esta dimensión de la oración para estar siempre unidos a Cristo. Entonces, vamos a orar juntos con las palabras que Jesús mismo nos enseñó.

Volver al índice

ENCUENTRO CON EL MUNDO UNIVERSITARIO

Discurso del Santo Padre León XIV Universidad Católica «Santo Toribio de Mogrovejo» (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Discurso

Hermanos en el Episcopado, distinguidas Autoridades académicas, Doctora Patricia Campos, Rectora de esta Universidad respetables Autoridades políticas y civiles, apreciados profesores, investigadores y demás personal administrativo, y muy queridos estudiantes:

Es una gran alegría para mí volver a Chiclayo y encontrarles en este claustro de la USAT (Universidad Católica *Santo Toribio de Mogrovejo)*. En primer lugar, agradezco al Señor, el Dios de la vida, por los años que me ha permitido compartir en la misión, al servicio del pueblo peruano. En segundo lugar, les agradezco a ustedes, porque durante mis años como Gran Canciller de esta institución me han ayudado a comprender que la autoridad es servicio, que el gobierno es escucha y que la educación es un noble acto de esperanza.

Este encuentro nos invita a recordar la herencia imperecedera del patrono de esta Universidad, santo Toribio de Mogrovejo: célebre jurista y Arzobispo de Lima, que hizo de su propia vida una cátedra de sabiduría, caridad y justicia. La fe que predicó y la ciencia que

enseñó deben continuar siendo la brújula que guía la investigación en estas aulas. La universidad, y en particular la católica, es una comunidad viva donde la búsqueda de la verdad se convierte en un acto de amor y de servicio a la gran familia humana (cf. S. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 1-2). Implicándoles a ustedes, jóvenes, como protagonistas, la calidad de la formación académica se mide, principalmente, por la capacidad de convertirles en mujeres y hombres sabios, honestos y maduros.

Ustedes saben que estamos atravesando complejos cambios culturales. En este contexto, la universidad está llamada a ser fragua de talentos y laboratorio de sentido: un espacio donde la inteligencia no se pliegue ante la utilidad, sino que sirva con fidelidad a la verdad. Ante todo, a la Verdad con mayúscula, que es Cristo, el Salvador del mundo. De esta forma, la universidad católica trabaja por la fecundidad del encuentro entre fe y razón, entre religión y ciencia: dialogando con humildad, indagando con rigor y buscando siempre el bien común. Este estilo académico nos libera de la tentación de producir mano de obra cualificada para un mercado exclusivo y muy competitivo.

Un progreso que sea indiferente a la justicia y a la dignidad de los trabajadores se convierte, de hecho, en un mecanismo de opresión y de descarte. La universidad católica tiene, por ello, el deber de recordar, en el espacio público y político, que la ciencia sin conciencia arruina la vida de todos. Del mismo modo, la técnica sin alma no mejora realmente la vida: una educación humanista y cristiana, sin embargo, sostiene nuestra capacidad de tejer relaciones fraternas duraderas, de modo que atravesemos la era digital pasando de la mera conexión a auténticas relaciones que tiendan a la comunión. La tecnología, queridos amigos, no siempre es neutra: a veces, sus formas llevan consigo la impronta, los intereses y las

ambiciones de quien la proyecta y la controla. Por eso, hace falta estudiarla con mente limpia y corazón puro.

El riesgo más letal es el de la sumisión al paradigma tecnocrático, que reduce la realidad a datos materiales, teniendo como valor supremo la eficiencia. Tanto académicos como estudiantes están llamados a ejercitar el sentido crítico: busquen siempre aquella sabiduría que ni las máquinas ni los programas informáticos pueden tener. Solo así, el progreso tecnológico estará al servicio de nuestro desarrollo integral, custodiando la dignidad de cada persona y promoviendo el bien común.

Frente a esta misión, el ejemplo de santo Toribio de Mogrovejo nos ilumina el camino. En su época, cuando los pueblos originarios eran con frecuencia sometidos a la explotación y a la discriminación, él defendió, con vehemencia evangélica, su dignidad humana. Santo Toribio aprendió las lenguas de las personas a las que servía, anunciando el Evangelio en su cultura y escribiendo para ellos un catecismo, que fue uno de los primeros de América en lenguas nativas. Su obra pastoral atestigua cómo la lógica de la encarnación continúa dando fruto en cada tiempo y en cada lugar, mediante la misión de la Iglesia. El gran trabajo cultural de santo Toribio por estas tierras nos sigue estimulando. Hoy, de hecho, los desiertos no solo son las áridas extensiones de Lambayeque, que el santo pastor atravesó a caballo: son los nuevos analfabetismos morales y civiles que excluyen a los pobres. Una universidad conformada a su ejemplo está llamada a utilizar la innovación científica para reducir las distancias sociales y curar las heridas de la sociedad.

De esta forma, queridos profesores y estudiantes, llegamos a reflexionar ahora sobre un punto neurálgico del pensamiento contemporáneo: el límite humano, es decir, el hombre como límite. Hoy se multiplican las promesas del transhumanismo y del

posthumanismo: son corrientes ideológicas, según las cuales —antes o después— la tecnología eliminará toda enfermedad o dolor, así como el envejecimiento e incluso la propia muerte. Precisamente porque el progreso en las ciencias es un óptimo fruto de la inteligencia humana, no se confunde con un privilegio para millonarios que pretenden la inmortalidad, mientras que pueblos enteros sufren miseria y opresión. Se nos vende, así, la ilusión de seres humanos optimizados por la cibernética y la biotecnología. Frente a este espejismo, la antropología cristiana recuerda que el límite no es un defecto de fábrica, sino la condición de la grandeza humana.

El límite, de hecho, es llamada a la solidaridad y apertura a la trascendencia. Mientras que el mito de la autosuficiencia nos encierra en el egoísmo y nos lleva a descartar al débil, el reconocimiento de nuestra fragilidad nos hace estar atentos a las necesidades de todos. Santo Toribio de Mogrovejo experimentó el límite físico en sus extenuantes viajes; se enfermó, sufrió por el cansancio y por la incomprensión de los poderosos. Más aún, fue precisamente a través de una vida tan probada como transformó la historia eclesial y social de todo un país. ¡Hoy nos toca a nosotros renovar su ejemplo!

Queridos jóvenes estudiantes: ustedes son los «nativos» de este nuevo tiempo. Reciban las oportunidades que les ofrece, contémplenlas a la luz de la fe, que es antorcha en la confusión y en las tinieblas de la soledad, del aburrimiento y del dolor. Nos lo ha dicho Ángela, con gran sinceridad, mostrando que la fe da siempre esperanza. No engaña como la magia, que pretende hacer desaparecer cualquier problema. La relación viva con Dios nos conforta, dando sentido a nuestras cruces, que el Señor Jesús carga con nosotros. Este es el modo de vivir la fe como virtud, es decir,

como fuerza que da sabiduría y fortaleza, que nos lleva a lo esencial, como ha contado Adriano. Tanto la oración como el estudio transforman nuestra mente hasta cambiar la vida. Entonces, la verdad se hace elección, y ya sea la oración como el estudio, pasan de la reflexión a la acción: ambos se convierten en una tarea que busca y encuentra alegría en cualquier fase de la vida.

A este respecto, la profesora Guzmán ha compartido con nosotros una palabra muy densa: *sacrificio*. En el lenguaje común, este término indica renuncia, pero sobre todo significa *hacer sagrado*: un gesto con el que toda nuestra existencia, incluso aquello que el mundo elimina, adquiere valor. Unidos al sacrificio de Cristo, que revela el sentido auténtico de esta experiencia, abramos nuestra vida, sus fatigas y esperanzas a la obra de Dios. Él transforma siempre en bien aquello que ponemos en sus manos de Padre.

Queridos profesores y autoridades académicas: descubran, con estupor y pasión, que su trabajo es una alta expresión de caridad intelectual. Mientras acompañan a estos jóvenes en sus clases y en sus investigaciones, denle a cada uno un testimonio coherente de vida: sean pensadores libres, para quienes la verdad antecede a la opinión, y la justicia, al interés. Junto con los estudiantes, busquen la sabiduría con tenacidad, para poder regalarla en sus ambientes de vida, entre sus colegas y a la sociedad peruana. Cultivando sus competencias científicas, tradúzcanlas en obras de justicia social, especialmente en beneficio de los más pobres y en el cuidado de la creación, hoy tan herida por especulaciones que desprecian el bien del pueblo.

Queridos amigos: los animo a seguir adelante con renovado impulso en su empeño educativo. Por esto invoco sobre todos ustedes, y sobre su trabajo, la intercesión de la Virgen María, *Sedes Sapientiae*. Ella, que acogió en su seno al Verbo eterno, les enseñe a

recorrer este tiempo con valentía y con fe. ¡Que Dios los bendiga siempre!

Saludo espontáneo del Santo Padre a los voluntarios en el Colegio «Santo Toribio de Mogrovejo»

¡Muchas gracias!

Hay una sola palabra que quiero decirles que es «gracias, gracias, gracias», por todo lo que están haciendo. Ustedes han dado de su tiempo, sus energías, grandes sacrificios de parte de algunos para ayudar en la organización con muchos voluntarios más y con tantas otras personas, para que se pudiera realizar esta visita de un servidor.

Y digo: gracias, ustedes son geniales. Un aplauso para todos ustedes. Jesús ha venido para enseñarnos muchas cosas, pero una de las más importantes es precisamente aprender a servir, dar la vida en servicio a los demás.

No pensar solo en uno mismo, sino buscar cómo poner los dones que cada uno ha recibido al servicio de los demás. En estos días, quizás bajo condiciones no tan fáciles, ustedes han dado de su tiempo y sus esfuerzos para ayudar, ayudar mucho. Así que, sepan que están en mis oraciones, en ese sentido, están realmente en el corazón de la Iglesia, y el servicio que están dando es grande y muy importante.

Voy a invitarles a ponerse de pie y vamos a rezar.

Les voy a dar la bendición y después me voy a acercar para tomar algunas fotos. Permanezcan allí en sus lugares.

Siempre, para todo cristiano, es muy importante la oración. Vamos a rezar juntos como Jesús nos ha enseñado.

(Padre Nuestro)

Y a María, Nuestra Madre, digamos:

(Ave María)

(Bendición Apostólica)

¡Muchas gracias!

Volver al índice

RITO DE CORONACIÓN DE LA VIRGEN INMACULADA

Homilía del Santo Padre León XIV Catedral de Santa María (Chiclayo). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de gozo, doy gracias a Dios por estar hoy aquí con ustedes, celebrando juntos nuestra fe, como hemos hecho tantas veces en esta catedral, que ha sido testigo de los primeros pasos de mi ministerio episcopal, al servicio de esta Diócesis de Chiclayo. Con sentimientos de gratitud por los años que el Señor nos concedió caminar juntos, me dispongo ahora, como Sucesor de Pedro, a realizar la coronación de nuestra hermosa imagen de la Inmaculada Virgen María. Este gesto tiene un significado especial, pues la corona que colocaré sobre la cabeza de Nuestra Señora quiere simbolizar el homenaje de gratitud y amor filial que le rinde el Papa, junto con ustedes y con toda la Iglesia, reconociéndola como Madre solícita y Protectora de Chiclayo, ensalzada por Dios cual Reina del Cielo y de la tierra.

Como hemos escuchado en la lectura de Isaías, también en la actualidad las tinieblas siguen al acecho y parecen envolvernos completamente. Nos sentimos amenazados por la incertidumbre de la violencia que se generaliza, por el sufrimiento indecible que sigue golpeando a tantos hermanos. Pero a pesar de esa oscuridad, que muchas veces ofusca nuestra esperanza y debilita nuestra confianza, el don de Dios sigue resplandeciendo ante nuestros ojos: «un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Is* 9,5). Este Niño es

Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María. Sí, un niño indefenso es la respuesta que Dios le da a la humanidad sumida en tinieblas, pero deseosa de unidad y reconciliación. Sólo Él es la luz que ilumina los rincones más escondidos de la existencia humana; la única luz capaz de rescatarnos del pecado y desbaratar sus funestas consecuencias en nuestra vida personal y comunitaria. Él nos desvela lo que somos verdaderamente: hijos e hijas de Dios, invitados a participar en el júbilo de su salvación, en el regocijo de sabernos hermanos y hermanas.

Con razón invocamos a la Virgen Inmaculada como «causa de nuestra alegría» porque gracias al «sí» con que respondió al anuncio del Ángel (cf. *Lc* 1,38), Dios, hecho hombre, entra en la historia de nuestro mundo y, haciendo nuevas todas las cosas por su obediencia al Padre (cf. *Ap* 21,5), nos rescata de la tragedia del pecado y nos manifiesta el destino de eternidad al que todo hombre y mujer están llamados.

Mis queridos hijos e hijas de esta amada tierra de Chiclayo: la devoción a la Virgen Inmaculada forma parte de las raíces cristianas que modelan su identidad y robustecen su fe. La Madre de Dios, con solicitud y amor, ha acompañado por generaciones a este pueblo, y lo sigue acompañando. Por eso, confiando en su intercesión y amparo, los invito a que sigamos caminando todos juntos, como una única familia de Dios. Una familia que anhela un mundo que tenga como distintivo el amor y la compasión, el perdón y la búsqueda de la justicia. Una familia que tiene la seguridad de que María Santísima siempre nos indica el camino seguro que nos lleva a Jesús, que es fuente de vida abundante y verdad que nos ofrece siempre nuevas oportunidades.

A ti, Madre nuestra Inmaculada, elevo hoy mi mirada y mi corazón con cariño filial. Junto a ti aprendí a ser pastor de Chiclayo.

Tú me acompañaste por sus pueblos y ciudades, me enseñaste a encontrarme con su gente y a estar atento a sus necesidades, como hiciste en las Bodas de Caná. A tu Corazón Inmaculado le confío hoy mi vida y mi ministerio como Sucesor de Pedro. También te pido que cuides y protejas al Pueblo de Dios que peregrina en estas tierras y lo guíes siempre hacia tu Hijo Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, antes de concluir, y hasta que volvamos a vernos, quisiera que nos unamos y compartamos juntos esta oración a nuestra Madre celestial:

Santa María, llena de la presencia de Dios, que durante tu vida terrena obedeciste humildemente a la voluntad del Padre y nos diste ejemplo de sencillez, te suplicamos que continúes caminando con nosotros, y que tu corazón materno nos alcance de tu Hijo Jesucristo el don de escuchar con docilidad al Espíritu Santo, para disponernos, con la ayuda de su gracia, a seguirlo con fidelidad, ser constructores de paz y reconciliación, servidores del Reino de Dios y de los hermanos. Amén.

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Explanada de Santa Cruz de Succhabamba (Santa Cruz de Succhabamba). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Saludo espontáneo a fieles congregados en la Parroquia de la Inmaculada en Santa Cruz de Succhabamba

Hermanas y hermanos:

Con cuanta alegría, una vez más, me encuentro con ustedes aquí en Santa Cruz. Es como un sueño muy grande que el Señor ha permitido: que un servidor llegue hasta aquí, también en esta visita pastoral a la Diócesis de Chiclayo y a todo el Perú. Estoy muy contento de poder encontrarles a todos ustedes, a los cruceños y a los que han venido de más lejos.

El Señor, en el Bautismo, nos llama a todos a ser sus discípulos misioneros. Desde los más pequeños hasta los más grandes. Las personas que sufren por la enfermedad y por otros motivos también nos dan un testimonio hermoso de su fe, con su fidelidad y su oración. Ustedes también forman parte de la Iglesia; queremos estar cerca de ustedes. Les invitamos a rezar los unos por los otros, por un servidor, por todas las personas que necesitan la ayuda de Dios. Y que así estemos siempre unidos. Que caminemos todos juntos como Pueblo de Dios, hijos de Dios, hijos del mismo Padre. Felicidades a

todos; les doy la bendición y saludaré a unos pocos porque, como saben, después tenemos la celebración de la Santa Misa.

El Señor esté con ustedes.

(Bendición Apostólica)

Homilía

Queridos hermanos y hermanas: ¡Bienvenidos todos a esta celebración y gracias a Santa Cruz por esta acogida!

«Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y gocemos en él» (*Sal* 117,24). En esta Eucaristía vengo, como lo he hecho tantas veces, a compartir con ustedes mi alegría de discípulo y misionero de Cristo. Nos encontramos en Santa Cruz, nos encontramos en el Departamento de Cajamarca, nos encontramos en esta cordillera de los Andes peruanos, con estas hermosas colinas, con quebradas, sus valles fértiles, en una tierra de raíces andinas, donde floreció el Imperio Inca, y cuna de una profunda fe cristiana. Muchos de ustedes han recorrido largas distancias para estar aquí. Algunos han venido de comunidades campesinas, dejando familias, chacras y ocupaciones. El camino que han recorrido, además de ser un viaje por rutas difíciles, es una peregrinación de fe. Cada paso y cada esfuerzo, en efecto, expresan un único deseo. El único deseo es este: encontrar a Jesús, aquí venerado, en Santa Cruz, con la imagen del Señor del Costado, han venido para encontrarse con Cristo, escuchando su Palabra, para recibir su Cuerpo y su Sangre y, nutridos con ese alimento, fortalecerse en la esperanza.

La primera lectura, tomada de la tercera Carta del apóstol san Juan (cf. *3 Jn* 1,5-8), recoge parte de las recomendaciones dirigidas a un cristiano llamado Gayo. Tras subrayar su conocida benevolencia,

se le pide que cuide de los misioneros itinerantes y se les provea de lo necesario para el viaje, recordando que, por el nombre de Cristo, «han salido sin aceptar nada de los paganos» (v. 7). El mismo prodigio se repitió, hace cinco siglos, entre estas montañas, testigos silenciosos del nacimiento de las primeras comunidades cristianas, por obra de misioneros que vinieron, en repetidas ocasiones, sin provisiones ni recomendaciones, a anunciar el nombre de Jesús y el amor del Señor de los Milagros de Andabamba y su Madre Inmaculada.

Con la llegada de los primeros evangelizadores, desde Toribio de Mogrovejo hasta los Mártires de Chimbote, la semilla del Evangelio en estas tierras nunca ha dejado de germinar y de dar fruto, de modo discreto, lejos de los aplausos y de los grandes reconocimientos. Así, la fe en los Andes ha crecido sencilla y genuina, fundada en la vivencia cotidiana de los valores evangélicos y expresada en tradiciones y fiestas que unen pueblos y generaciones, hasta convertirse en un carácter y un estilo de vida en el que nadie se siente nunca solo, ni siquiera frente a las adversidades. Podemos decir que la cordialidad y la alegría que caracterizan a tantas regiones andinas tienen su raíz en el respeto y el amor por los mandamientos del Señor (cf. *Sal* 111,1), y reflejan «una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 48). Por eso el Papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, habló de la piedad popular como de una poderosa fuerza de evangelización, en la que «la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo» (n. 123). Ella valora cosas esenciales como la tierra, el trabajo honesto, la familia, y ofrece un antídoto saludable contra la superficialidad y el consumismo, hoy tan extendidos.

Deseo, por ello, recordar con gratitud a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas misioneros que, a lo largo de los siglos, se han

esforzado con generosidad y dedicación por difundir el Reino de Dios entre estos cerros. Nuestra oración de acción de gracias se eleva también por los catequistas que, no sin sacrificios, en ausencia muchas veces de los presbíteros, a menudo cuidan pastoralmente las comunidades, guiando a los hermanos y hermanas en la celebración de la Liturgia de la Palabra, preparándolos para los sacramentos, visitando a los enfermos y atendiendo diversas necesidades. Oremos de modo especial por aquellos a quienes el Señor ya ha llamado a sí, cuyo recuerdo permanece vivo en las comunidades. Sin ellos, la evangelización habría sido muy difícil en estas regiones remotas. Demos gracias al Señor por tantos laicos comprometidos de distintas maneras en el anuncio misionero, tanto aquí como en el mundo.

En el Evangelio (cf. *Lc* 18,1-8) hemos escuchado a Jesús hablar de una viuda —símbolo de fragilidad social y de dependencia— en el contexto cultural de la época. Indefensa y oprimida, la pobre mujer pedía justicia con insistencia a un juez, quien, sin temor de Dios ni respeto por los hombres, permanecía indiferente a sus súplicas. Solo gracias a su perseverancia obtuvo, al final, justicia.

Según las palabras de Jesús, la parábola nos recuerda, ante todo, cuán importante es orar sin desanimarnos nunca. Pero es también una invitación a abrir los ojos ante tantas situaciones dolorosas que nos rodean. La súplica que la viuda dirige al juez —«Hazme justicia frente a mi adversario» (v. 3)— resuena por desgracia todavía hoy, desoída, en los labios de tantos hombres y tantas mujeres. Esto es motivo de gran preocupación, tanto para la Iglesia como para la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en estos lugares, en el sufrimiento de quien se ve obligado a abandonar su patria para buscar un futuro mejor, para sí y para los suyos, en las grandes ciudades de la costa; o en las dificultades de relevo generacional ligadas al fenómeno de la baja natalidad, que vacían los pueblos; o en el desafío de la

distribución equitativa de los beneficios derivados de los recursos de la tierra.

Frente a tantas dificultades, se puede tener la tentación de ceder al desaliento, al resentimiento o incluso a la violencia, pero esta nunca será el camino del progreso y de la paz. La viuda de la parábola nos muestra que el egoísmo, la injusticia y la maldad no se vencen con la brutalidad, sino con la oración, con la paciencia, con la perseverancia en denunciar lo que no está bien, pidiendo con fuerza y trabajando con empeño para que se realicen los cambios necesarios, sin perder nunca la confianza en Dios. Entonces, como sucede en la cima del *Cerro Cotorumi*, a través de la cruz se ve el cielo.

Lo que sostiene la tenacidad de la mujer del Evangelio es la fe, como indica la pregunta que concluye el relato de Jesús: «El Hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará la fe en la tierra?» (v. 8). Hay un estrecho vínculo entre fe, oración y acción. Donde hay fe, hay oración, y donde hay oración, hay capacidad de compromiso por los demás. Ustedes, habitantes de estas tierras, lo saben bien. A pesar de muchas dificultades, nunca han perdido la confianza en Dios ni, con su ayuda, en ustedes mismos. Es la fe la que los hace grandes en sus aspiraciones y en sus proyectos. A este respecto, quisiera elogiar a quienes, con ingenio y espíritu emprendedor, se esfuerzan por dar trabajo digno a las personas: campesinos, comerciantes, pequeños empresarios y tantos otros que aquí, día tras día, emplean los talentos recibidos en favor de las comunidades, contribuyendo a promover, mediante el empleo, auténticos modelos de desarrollo humano integral (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 181).

Queridos hermanos y hermanas: el Señor conoce los caminos que ustedes recorren, las fatigas, las preocupaciones, los desafíos que afrontan; entiende la esperanza de los jóvenes, inspira la sabiduría

de los ancianos, y no los abandona. Cuando el alma deambula sin destino, Él es el camino. Cuando falta la fuerza, Él es el alimento. Cuando surge el desaliento, es Él quien reaviva la esperanza. Pidamos a la Inmaculada Concepción que no deje de protegernos bajo su manto y que la Eucaristía que celebramos renueve en todos nosotros la fe, fortaleciendo el compromiso y la dedicación. Y que el *Señor del Costado*, venerado con tanta devoción aquí en Santa Cruz, los bendiga, los proteja y les inspire siempre pensamientos y gestos de unidad, de caridad y de paz.

Palabras espontáneas del Santo Padre al final de la Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de dar la bendición final, solo quiero compartir una breve reflexión más. Hemos escuchado las palabras del Evangelio donde pregunta Jesús: «cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» Yo sé que, si Jesús decide venir a Santa Cruz, va a encontrar la fe. Gracias por su testimonio. Gracias por su fidelidad en la Iglesia. Gracias por acompañarnos en esta hermosa jornada.

Volver al índice

ENCUENTRO DE ORACIÓN CON LA COMUNIDAD CATÓLICA CON MOTIVO DE LA CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR DE SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Discurso del Santo Padre León XIV Santuario de Santo Toribio de Mogrovejo (Zaña). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Siento una profunda alegría por encontrarme aquí con ustedes. ¡Cuánto he deseado que llegara este momento! Mientras venía hacia aquí, han vuelto a mi memoria tantos recuerdos de los años en que el Señor me confió el cuidado de esta querida diócesis. Entre ellos, hay uno que conservo de manera especial: la noche anterior al comienzo de mi ministerio como obispo de Chiclayo.

Recuerdo que la pasé en oración, pidiendo al Señor, por intercesión de santo Toribio, que me concediera la gracia de ser un pastor según su corazón. No sabía entonces todo lo que me esperaba ni cuánto iba a recibir de ustedes. Gracias por recibirme con el gozo y la hospitalidad que los caracterizan, por tantos gestos de cariño y también por los sabrosos alimentos que con tanto esmero me han preparado. Hasta esos sabores tan conocidos me han hecho recordar los buenos momentos que pasé aquí. Gracias por hacerme sentir, una vez más, que estoy en casa.

Agradezco a Monseñor Edinson Farfán las afectuosas palabras de bienvenida y a quienes nos han ofrecido sus testimonios. Los he

escuchado con mucha emoción y gratitud, reconociendo en sus palabras la fe de este pueblo al que llevo siempre en mi corazón.

Hoy clausuramos el Año jubilar del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, y lo hacemos aquí, en este santuario a él dedicado. Podemos leer en Zaña un resumen de su vida, pues aquí le entregó su espíritu al Padre, mientras se encontraba realizando la visita pastoral que le correspondía como obispo del lugar. Su vida nos recuerda que el amor de un pastor se reconoce también en las distancias, físicas y existenciales, que está dispuesto a recorrer con tal de anunciar a Jesucristo.

Aquí en Zaña hay una tumba vacía en la que me detuve hace poco a rezar. Allí reposaron durante un breve tiempo los restos de santo Toribio, antes de ser trasladados a Lima. Al contemplarla, pienso en lo que permanece de su paso por esta tierra: la fe de tantas comunidades y la entrega de quienes han seguido sus pasos, llevando el Evangelio hasta los lugares más apartados. Durante mis años en Chiclayo tuve la gracia de conocer a muchos de ellos. Recuerdo especialmente las visitas a Incahuasi y Kañaris, la acogida de sus familias y la dedicación de los sacerdotes y de una manera especial a las religiosas que las acompañan. ¡Cuántas veces llegué para anunciar el Evangelio y regresé habiéndolo comprendido un poco mejor gracias a la fe de ustedes!

Zaña conserva también la memoria de generaciones de hombres y mujeres africanos, alejados de sus hogares y sometidos a la esclavitud. Muchos padecieron grandes sufrimientos y humillaciones. Queridos hermanos y hermanas afrodescendientes: quiero expresarles hoy mi afecto y mi cercanía. He tenido la alegría de conocer su fe, sus tradiciones y el amor con que conservan la memoria de sus antepasados. Gracias por cuanto aportan a la vida de esta Iglesia. Que el ejemplo de san Martín de Porres, a quien el

propio santo Toribio administró la Confirmación, les recuerde cuánto los ama Dios y los anime a perseverar en el camino de la santidad.

Queridos hermanos, la vida de santo Toribio nos invita a mirar también las necesidades de nuestro tiempo. Sé que muchas familias de esta tierra sufren a causa de la delincuencia, la extorsión y la inseguridad. Me duele pensar en quienes viven con miedo, en las personas que ven amenazado el fruto honrado de su trabajo y en quienes padecen todavía la discriminación. Los llevo presentes en mi oración y pido al Señor que les conceda la paz que tanto necesitan. Les ruego que permanezcan unidos, que se cuiden unos a otros y que nunca se acostumbren al sufrimiento de los demás. Siempre hay alguien a quien podemos ayudar, una persona a la que escuchar, una familia a la que acompañar.

En la carta que dirigí recientemente a los obispos de América Latina y del Caribe recordé a santo Toribio como un pastor «que había permitido que el Evangelio modelara primero su existencia» (*Carta a los Obispos latinoamericanos y del Caribe con motivo del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, 8 de septiembre de 2026*). ¡Qué hermoso sería que pudiera decirse lo mismo de cada uno de nosotros! Queridos sacerdotes: cuiden su amistad cotidiana con Jesucristo, celebren los sacramentos con amor y reverencia, y permanezcan siempre cerca del pueblo que les ha sido confiado. Queridos padres y abuelos: sigan transmitiendo la fe a sus hijos y nietos. Y ustedes, jóvenes: abran el corazón al Señor, que los conoce y tiene una hermosa vocación para cada uno. Dejemos que su Palabra transforme nuestra vida y nos enseñe a amar como Él nos ama.

Antes de terminar, quisiera volver a aquella noche de oración con la que comencé estas palabras. Han pasado muchos años desde

entonces, y son innumerables los rostros que conservo en mi memoria. Recuerdo con especial afecto a quienes ya han partido a la casa del Padre y con quienes espero volver a encontrarme un día. Todos ustedes permanecen presentes en mi oración.

Aquella noche le pedí al Señor que me enseñara a ser pastor. Hoy, al mirar los años transcurridos, comprendo que ustedes han sido parte de la respuesta de Dios a aquella súplica. Por eso quiero darles las gracias de todo corazón. Gracias por su fe, por su cariño y por cuanto me enseñaron durante aquellos años. Ahora que el Señor me ha confiado el cuidado de la Iglesia universal, vuelvo a pedirle la misma gracia, consciente de lo mucho que todavía tengo que aprender. Les ruego que sigan rezando por mí, como sé que lo han estado haciendo hasta ahora.

Que la Virgen Santísima y santo Toribio de Mogrovejo intercedan por ustedes, para que puedan continuar con fidelidad por las sendas del Evangelio. Que Dios los bendiga a todos. Muchas gracias.

Volver al índice

CUSCO

15 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LOS FIELES Y LOS REPRESENTANTES DE LA PIEDAD POPULAR

Homilía del Santo Padre León XIV Parque Arqueológico Nacional de Saqsaywaman (Cusco). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Al iniciar este encuentro, quisiera expresar, ante todo, mi gratitud a Dios por la vida y ministerio de S.E. Mons. Richard Daniel Alarcón Urrutia, Arzobispo del Cusco, que tanto trabajó por este viaje y a quien deseaba encontrar al llegar aquí. Unido a todos mis hermanos obispos, aseguro mis oraciones por su eterno descanso, pidiendo a nuestro Señor Jesucristo que le conceda el premio de los justos, y a todos los que sufren su ausencia, el consuelo que brota desde la fe en el resucitado.

Es innegable la belleza de este lugar que nos acoge en esta mañana. *Saqsaywaman*, como un altar de piedra se eleva hacia el cielo andino, a donde los antiguos subían buscando lo divino. Sin embargo, nuestra fe cristiana nos ha permitido entender que, en realidad, es Dios quien desciende en busca de sus hijos e hijas, y entra en un corazón bien dispuesto, pidiendo un «sí» valiente y sencillo, como el de la Virgen, que cambió la historia para siempre.

En efecto, hemos iniciado nuestra liturgia con la antífona: «¡Salve, Madre Santa!, Virgen, Madre del Rey, que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos» (*Misal Romano*, *Común de la Santísima Virgen María*, I, T.O., 1, *Antífona de entrada*), y el Evangelio que acabamos de escuchar nos ha recordado la alegría de

María al decir su «sí» al ángel, para ser la Madre de Dios y dar a Jesús al mundo.

En ambos textos se nos invita a considerar a la Virgen como aquella que nos lleva al encuentro con Cristo. Ella misma lo esperó como Mesías, en el entorno de una familia devota, en la que sus padres le enseñaron a orar, a meditar la Palabra de Dios y a vivir según la Ley del Altísimo. Así se encontró preparada para el encuentro con el Señor, atenta y presente, capaz de reconocer su voz en el Ángel mensajero, su enviado, y de aceptar el desafío de una misión única para la salvación de la humanidad.

El Señor vino a hablarle a su casa, en Nazaret, en un entorno cotidiano y junto a sus seres queridos, en un ambiente lleno de símbolos que ella conocía bien, en su idioma, a través de los signos de su cultura. Así actúa Dios. Busca las formas y los momentos más adecuados para acercarse a nosotros, para que todos podamos encontrarlo, comprender sus palabras, convertirnos y salvarnos. A lo largo de los milenios, este misterio se ha renovado en los contextos más diversos, pero siempre con la misma disposición del Todopoderoso a hacerse pequeño por nosotros, para hablarnos y acogernos. Una de las formas más hermosas en que esto ha sucedido es la piedad popular.

En ella, la memoria de los antepasados, la fe de las familias, el amor por Jesucristo, la confianza en su Santa Madre y la veneración de los santos se expresan a través de la música, la danza, las imágenes y muchas otras manifestaciones típicas de la historia y la identidad de los pueblos. Una fiesta religiosa, una peregrinación, una procesión, por lo tanto, no son solo una manifestación cultural: detrás de cada imagen, cada canto, cada promesa y cada signo hay una comunidad de corazones que buscan a Dios y una voz amiga que desde el cielo responde y se acerca.

Se trata, pues, de vivir las prácticas de la tradición como oportunidades de encuentro y de anuncio del Señor, ante todo en las parroquias, en las cofradías y en los movimientos, y luego hacia el mundo, como evangelizados enviados a evangelizar, a anunciar a Cristo, el Resucitado, listos para dar testimonio de la alegría de conocer el Evangelio y de vivirlo en el amor a Dios y al prójimo. Por eso, el Papa Francisco ha definido la piedad popular como «verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 122), y «manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5)» (*ibíd.*, 125).

Sin embargo, hay otro aspecto del relato evangélico que acabamos de escuchar en el que me gustaría detenerme, y es el contexto comunitario en el que se inserta el misterio de la Anunciación. Como hemos mencionado, María madura en la fe al vivir en una comunidad y, después de la Anunciación, sigue compartiendo la vida cotidiana con los hermanos y hermanas que la rodean. El encuentro con Dios no la aísla, no la aleja; al contrario, la convierte en guardiana de un don que crece en ella para el bien de todos: de sus conciudadanos y de toda la humanidad. La fe no separa, sino que une a Dios y a los demás.

Esto es importante, especialmente en una época como la nuestra, marcada por divisiones, heridas, desconfianza y situaciones que dificultan que los hombres y las mujeres se reconozcan como miembros de una misma familia, hijos e hijas del mismo Padre.

En este contexto, las tradiciones religiosas pueden ser de gran ayuda, como lugares donde reunirse a la luz de la fe y el amor. Una procesión puede hacer que caminen juntos quienes piensan de manera diferente. Una peregrinación puede reunir a familias enteras. Una celebración puede congregar a una comunidad. Una fiesta

patronal puede convertirse en una oportunidad para reconciliarse, pedir perdón y empezar de nuevo. Y esto es un signo que puede ir mucho más allá de los límites de una pequeña ciudad o una región, contribuyendo a difundir en el mundo una cultura de convivencia, atención mutua y paz.

Por eso los invito a que hagan de estas fiestas una escuela de fraternidad y caridad, en la que trabajen, recen, se diviertan juntos y también cuiden a quienes están en necesidad, para que la alegría sea de todos y todos puedan vivirla unidos, ante Dios.

Las tradiciones populares, con sus símbolos y sus dinámicas, impregnadas de valores de comunión y solidaridad cristiana, son un tesoro invaluable de buenas enseñanzas, especialmente para las nuevas generaciones. En este sentido, es importante que los jóvenes participen en las actividades y que su aporte sea acogido y valorado, a través de la escucha, la cooperación y también la actualización, cuando sea necesario. El futuro de las costumbres no radica únicamente en conservar lo que se ha recibido, sino también en transmitirlo de manera viva. Cada generación recibe una herencia y tiene la responsabilidad de devolverla enriquecida y renovada, sin temor a abrir nuevos caminos y a utilizar nuevas herramientas. Más bien es importante cuidar la esencia de la formación, por ejemplo, dar a conocer y profundizar con los jóvenes la historia de la salvación y la vida de los santos, explicarles el significado cristiano de los momentos festivos, compartir con ellos la Palabra de Dios, enseñarles a celebrar la fe en la Iglesia (cf. Francisco, *Homilía en la Santa Misa con ocasión de la jornada de las cofradías y de la piedad popular, 5 de mayo de 2013*). Se trata de transmitir, a través de las tradiciones, una experiencia viva de la vida cristiana, que crece y se renueva constantemente en torno al altar, donde la Eucaristía es

el centro y la fuente de la existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11).

En este camino, María ocupa un lugar especial. La devoción popular en Perú es también profundamente mariana, y de ello queda constancia en los Jardines vaticanos, donde bendije el año pasado el mosaico que representa las diferentes advocaciones con que María acompaña a este pueblo, conoce sus alegrías y sus penas, y le enseña a tener esperanza.

Asimismo, lo recuerda maravillosamente el himno *Hanacpachap*, del misionero Pérez Bocanegra, que alaba e invoca a la Virgen a través de metáforas poéticas que son, a la vez, teológicamente profundas y concretas, cercanas a la cultura y a la vida andina. Este himno, junto con la obra maestra de la Iglesia de San Pedro Apóstol de *Andahuaylillas*, y otros testimonios de un anuncio creativo y atento, nos muestra cómo cada devoción encuentra su sentido cuando reúne a todos en torno a Jesús y, siguiendo sus pasos, los lleva al Cielo. Por eso quisiera encomendar a la Virgen María, Reina de Belén, Madre y Protectora de Cusco, un camino de renovación de la devoción popular.

En un momento más, espiritualmente unidos, lo haremos juntos con la entrega de la *Rosa de Oro*, pidiéndole que nos guarde en su corazón, que conceda paz a esta tierra, que dé fuerzas a quienes sufren, y nos otorgue, a todos, la gracia de caminar juntos en el amor de su Hijo. Así lo pedimos. Que así sea.

Volver al índice

ORACIÓN DEL ÁNGELUS

Ángelus del Papa León XIV Plaza frente a la Basílica Catedral de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María (Cusco). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz domingo!

Me alegra mucho encontrarme hoy aquí, rodeado de su afecto y de la fe viva que late en esta hermosa comunidad, junto a nuestros hermanos enfermos y ancianos, a los sacerdotes y consagrados y recordando con especial cariño y gratitud, a Mons. Richard Alarcón a quien encomendamos a la intercesión amorosa de María. Al mismo tiempo me alegro de poder saludar al nuevo Arzobispo de Cusco, desde el 30 de octubre de este año, monseñor Lizardo Estrada.

En esta mañana, podemos contemplar en medio de nosotros esta hermosa imagen del Señor de los Temblores, el *Taytacha*, Patrono de la ciudad del Cusco.

La Liturgia de hoy nos regala una página bellísima y, a la vez, muy exigente del Evangelio según san Mateo: la parábola de los talentos (cf. *Mt* 25,14-30). Esas monedas antiguas representan todo lo que el Señor nos ha dado de manera gratuita: nuestra vida, nuestra fe, nuestra vocación. Pero si queremos resumirlo en una sola palabra, simbolizan *su amor*, que Él nos regala para que lo hagamos crecer en nuestra vida y lo compartamos con los demás.

Pienso en ustedes, queridos hermanos y hermanas que sufren en sus cuerpos y en sus almas a causa de una enfermedad. A los ojos del mundo, condicionado por la cultura del descarte y de la productividad material, la enfermedad es vista como una desgracia

que apaga el valor de una persona. ¡Qué gran mentira! A la luz del Evangelio, la enfermedad, vivida con fe y unida al misterio de la Pasión de Cristo, es un camino para crecer en su amor y compartirlo. Ustedes están en el corazón palpitante de la Iglesia: su sufrimiento, ofrecido con amor por la salvación de las almas, por las vocaciones y por la paz, se convierte en fuerza espiritual; su debilidad se transforma en fortaleza divina que multiplica los talentos del amor y de la redención. Ustedes han sido testigos de la ofrenda de sí mismo que hizo Su Excelencia Monseñor Richard para dar vida, unido a la cruz del Señor.

Me dirijo ahora a ustedes, amados hijos e hijas consagrados al Señor: sacerdotes, religiosos y religiosas, que lo han dejado todo por seguir las huellas del Maestro. A nosotros se nos han confiado los talentos de la Palabra de Dios, los Sacramentos, la guía pastoral del Pueblo de Dios y la belleza de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. ¡Qué inmensa responsabilidad llevamos en nuestras manos de barro! No tengamos miedo de entregar la vida, de desgastarnos por Cristo; así nos convertiremos en signos visibles de la misericordia de Dios. Y este es el mejor camino para promover las vocaciones.

Queridos hermanos y hermanas: nuestros ojos se dirigen hacia la bendita imagen del Señor de los Temblores. En el año 1650, cuando la tierra rugió y sembró la destrucción y el pánico entre sus antepasados, bastó con que la sagrada imagen saliera a las calles para que las réplicas cesaran y la paz volviera a reinar. Desde entonces, el pueblo cusqueño y todo el Perú saben que en el *Taytacha* tienen un refugio seguro ante cualquier tempestad, un ancla inamovible en medio de los temblores de la historia.

Como un signo visible de mi comunión con su comunidad, he querido ofrecer hoy un especial acto de devoción: con amor filial, voy

a ofrecer un *Sudario*, para que sea colocado sobre esta imagen del Señor Jesús. Quiere ser la caricia del Papa para un pueblo que sabe sufrir con dignidad y con esperanza cristiana. Al ver al Señor de los Temblores revestido con este *Sudario*, recuerden que la Iglesia universal está con ustedes.

Ahora nos dirigimos con confianza filial a la Virgen María. De Ella aprendemos a no tener miedo, a no enterrar la gracia que hemos recibido. Con corazón lleno de gratitud, elevamos la oración del Ángelus, encomendando de manera especial la salud de los enfermos y la santidad de los sacerdotes y consagrados. ¡Que Dios los bendiga y que el Señor de los Temblores guarde siempre sus vidas en la paz!

Volver al índice

PUCALLPA

15 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LOS MISIONEROS, LAS MISIONERAS Y LOS REPRESENTANTES DE LOS PUEBLOS AMAZÓNICOS

Discurso del Santo Padre León XIV «Malecón Puerto Callao» (Pucallpa). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con gratitud y emoción me encuentro hoy entre ustedes en Pucallpa, en esta «tierra colorada» en el corazón de la Amazonía peruana. Le agradezco a Dios y a todos ustedes, ya que percibo el abrazo de una comunidad multiforme. La riqueza de sus rostros y de sus orígenes convierte este sitio en un lugar de animado encuentro, con colores vivos. Les agradezco además sus palabras, sus cantos y el haber compartido también hoy los dolores y las esperanzas que llevan en el corazón. Siguiendo las huellas del Papa Francisco, en su inolvidable visita a Puerto Maldonado, he venido como pastor para escuchar sus historias y para caminar a su lado. Deseo confirmarles en la fe y en la esperanza, sosteniéndoles en la búsqueda de la justicia y de la paz, que tanto necesitan estas tierras. Los contrastes que hieren la humanidad y desfiguran la creación impactan dramáticamente en sus comunidades. Los años vividos como misionero y como obispo en esta amada tierra del Perú me han enseñado qué significa que la Iglesia debe caminar junto a la humanidad para servir fielmente al Señor: es una condición para asemejarse a Jesucristo y seguirlo aquí y ahora, a la espera de su retorno.

Al contemplar la belleza de esta asamblea, resuenan dentro de nosotros, con renovada urgencia, las palabras de la Exhortación apostólica *Querida Amazonia*: «Sueño con una Amazonia que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida» (n. 7). Lamentablemente, la voz que hoy emerge de estos lugares nos habla de heridas que no solo no han sanado, sino que incluso se han agravado. El grito de la tierra y el grito de los pobres se alzan conjuntamente, desenmascarando lógicas de mercado y de explotación que ponen en riesgo el propio equilibrio de la creación. No es posible separar la custodia de la selva amazónica de la preocupación por los pueblos que la habitan; la ecología integral, la justicia social y la vida espiritual van de la mano (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 10).

El primer testimonio que hemos escuchado nos ha recordado que incluso defender la propia casa puede costar la vida. En los últimos años, muchos líderes indígenas han sido asesinados por haber protegido los propios territorios. La sangre de estos hermanos clama a Dios y reclama justicia a los hombres. El segundo testimonio nos ha puesto ante una situación dramática: es inaceptable que, en muchas comunidades, el derecho al acceso a la salud y a la educación sea negado, debido a las distancias físicas y al abandono de las instituciones. Sentimos en el alma y en el corazón la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran tantas mujeres, niñas y adolescentes, así como el lacerante dolor de las que sufren violencia y abusos sexuales, que causan heridas profundas, muchas veces con el silencio de la complicidad y de la impunidad. En cada ambiente, la corrupción y la arbitrariedad socavan la confianza fundamental en la bondad del ser humano; pero esto hace que el Evangelio irrumpa como una llamada aún más fuerte a la conversión personal y

comunitaria, ofreciendo una renovada esperanza de sanación, consuelo y reparación.

Queridos amigos: Pucallpa es una ciudad joven, rica de energía y de esperanza, marcada por una urgente necesidad de renacimiento moral y pedagógico. Trabajemos incansablemente por una educación de calidad, que hable sus lenguas y sepa valorar sus saberes ancestrales, sin dejar por ello de preparar las nuevas generaciones para afrontar los grandes desafíos globales.

Frente a la tendencia a considerar esta inmensa región como una reserva de recursos para explotar, estamos llamados a desarrollar un paradigma diferente, que surja de la escucha de Jesucristo y su Evangelio. El Papa Francisco, en la Encíclica *Laudato si'*, denunció las consecuencias lesivas del paradigma tecnocrático dominante, que tiende a explotar la naturaleza y las culturas, con vistas a un beneficio económico inmediato en favor de unos pocos (cf. nn. 106-114). Debemos contraponer este modelo —con tenacidad y amplitud de miras— con la ecología integral, expresión de la civilización del amor. Una visión alternativa, radicada en el Evangelio y respetuosa de la sabiduría de los pueblos, que reconocen, con lenguajes diversos, cómo todo en el mundo está íntimamente conectado. Ustedes conocen bien las heridas de la deforestación indiscriminada, la contaminación de las aguas debido a la extracción minera irregular y a los vertidos de petróleo, que no son accidentes fortuitos, sino los frutos amargos de una explotación arbitraria de los recursos naturales que mina la existencia de la población. A esto se añade la sombra insidiosa del narcotráfico, que se aprovecha de la pobreza de los jóvenes, atrayéndolos con falsas ilusiones de ganancias y desarraigándolos de la propia cultura.

La Doctrina social de la Iglesia es un instrumento en continuo desarrollo que nos ayuda a leer los signos de los tiempos bajo la guía

del Espíritu Santo. En ella, el conocimiento ancestral que ustedes tienen puede encontrarse con el patrimonio de sabiduría de la Iglesia, con el fin de proteger sus derechos, adquiridos a lo largo de generaciones.

La Iglesia admira la capacidad de resistir y de recomenzar de los pueblos amazónicos. Ustedes son testigos del rostro de Nuestro Señor Jesucristo, que no se baja de la cruz, sino que da la vida por su pueblo. ¡Cristo nunca nos abandona! ¡Cristo está con ustedes! ¡La Iglesia está con ustedes y ustedes son sus miembros! ¡Somos el cuerpo de Cristo! Los esfuerzos de la Conferencia Eclesial de la Amazonía y de la Red Eclesial Panamazónica tienden a configurar cada vez más una Iglesia de rostro amazónico. Es cierto que los obreros parecen pocos: su Vicariato, tan grande como países enteros, cuenta apenas con veinticinco sacerdotes. Expreso mi viva gratitud a las religiosas, a los religiosos y a los animadores pastorales de comunidades, laicos y laicas, que con fidelidad heroica custodian la fe en los parajes más remotos. Debemos sostener y reconocer su servicio ministerial.

Queridos hermanos y hermanas: ustedes no están solos en su camino. Que María Santísima, Madre de la Amazonía, vele siempre sobre ustedes, sobre sus familias y comunidades y bendiga sus sueños.

¡Sigan adelante, con ánimo y esperanza! ¡Que Dios bendiga a la Amazonía!

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Villa Deportiva Regional Ucayali (Pucallpa). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría celebro hoy la Eucaristía con ustedes. Cuando nos reunimos con fe en torno al altar del Señor, su Palabra entra en nuestra vida y la llena de sentido. Para todos nosotros es anuncio de salvación. Hoy, precisamente, sucede así en esta ciudad. El Evangelio que hemos escuchado, trata de una parábola que nos invita a reflexionar sobre nuestra relación con Dios.

Mientras Jesús narra la experiencia de un señor con sus servidores, su voz pide a nuestros corazones que prestemos especial atención, de modo que podamos encontrar el verdadero sentido de las palabras que nos dirige. ¿A qué se refiere Dios con ser señor? ¿Qué quiere decir para el hombre ser servidor? Estos vocablos, marcados en el mundo por relaciones tensas de poder, adquieren un significado nuevo y sorprendente en los labios de Cristo. Él los pronuncia a propósito para que cambiemos nuestro modo de pensar y de actuar. Jesús anuncia la libertad a los que, en el mundo, son siervos; a quienes se sienten señores les enseña a convertirse. El único y verdadero Señor nos invita a cambiar nuestra vida, llamándonos a todos a la fraternidad; transformando las relaciones y la sociedad en que vivimos.

Escuchemos entonces lo que Cristo narra en la parábola: «Servidor bueno y fiel», dice el protagonista, «entra a participar de la alegría de tu señor» (*Mt* 25,21.23). Antes que nada, este elogio nos

revela que ser buenos y fieles significa corresponder a la bondad y a la confianza que recibimos de Dios. El trabajo que Él nos pide no es signo de opresión ni de distanciamiento, más bien es garantía del compartir y de la felicidad. El primero que es bueno con nosotros y nos confía sus bienes es el Señor. El signo de tal bondad son los preciosos talentos de los que habla la parábola, que en nuestras manos se convierten en tarea y responsabilidad, para que demos frutos de obras buenas. Estos talentos hacen que la vida, primer don de Dios, sea buena; utilizándolos, nos ejercitamos en la práctica de la justicia, la búsqueda de la verdad, el cuidado del prójimo y de la sociedad. Es así como multiplicamos los bienes recibidos, usando con inteligencia cuanto el Señor nos ha confiado.

Por otra parte, sin embargo, la parábola se refiere a un «servidor malo y perezoso» (*Mt* 25,26), al cual su señor le dice: «¿con que sabías que cosecho donde no siembro y recojo donde no esparzo?» (*ibíd.*). Las palabras de Jesús nos ponen a prueba. ¿Acaso el señor, es decir Dios, no es bueno y generoso con sus siervos, o sea, con nosotros? ¡Claro que lo es! Sin embargo, hay quienes no confían en Él, considerándolo como un hombre duro (cf. v. 24), despiadado y explotador. Dios, en cambio, nos dice: yo confío en tus capacidades, no oprimo en absoluto tu vida, más bien la amo. Yo comparto contigo mis bienes, te los confío para que den fruto, por la alegría que quiero compartir con todos. El siervo de la parábola, entonces, es malvado porque considera que Dios es como los señores de este mundo. Y los señores de este mundo, a menudo se consideran como Dios. Jesús no reprende solo la pereza del siervo, sino ante todo su conciencia malvada, la que le hace decir a su señor: «Sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste» (v. 24). Así, la parábola nos llama a pasar del miedo a la confianza en el Señor; de sentirse, quienes están alejados de Dios,

como sus esclavos, a compartir la alegría que viene de Él. En otras palabras, a hacernos conscientes de que somos sus hijos amados.

La parábola narrada por Jesús es muy actual, porque nos cuestiona sobre lo que estamos haciendo con los bienes que Dios nos regala, antes que nada, con los dones de la vida y de la tierra. Ambos están estrechamente vinculados, no existe el uno sin el otro: la salud de nuestra vida y la de la tierra que habitamos van de la mano, por eso, todo lo que hiere la dignidad de la vida destruye la belleza de la tierra; el ímpetu del hombre y el cuidado de la creación van de la mano, por eso, toda explotación laboral es una depredación del medio ambiente. La paz social y el equilibrio ecológico van de la mano, por eso, la violencia contra el pueblo es una violencia contra la tierra, y la violencia contra la tierra es una violencia contra el pueblo.

Queridos amigos: la palabra de Cristo entra aquí en el drama de nuestra historia. A la voz de mis Predecesores, el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco, uno la mía para subrayar el vínculo doloroso que existe entre «la devastación ambiental de la Amazonia y las amenazas a la dignidad humana de sus poblaciones» (Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes, 10 de mayo de 2007*, 2; cf. Francisco, Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia*, 12). Muy poco se ha hecho, y muy lentamente, a la vez que se han acelerado los instrumentos para explotar y contaminar la creación. Frente a estos males, no escondamos bajo tierra los talentos del Señor, que nos da la fortaleza para reparar y sanar el sufrimiento causado por una insaciable sed de dominio. El Evangelio que hemos escuchado, en este contexto, se vuelve anuncio de rescate y de esperanza para todo el pueblo. Somos nosotros, cada uno de nosotros, los que hemos de responder al Señor diciendo: «¡Gracias por los talentos que nos das! Queremos usarlos para el bien de todos». Y nos corresponde también a cada uno expresar al prójimo: «Eres para mí un hermano, una hermana.

Cultivemos juntos los talentos que dan frutos de vida buena para esta ciudad, para nuestro país y para el futuro que queremos construir como tiempo de justicia y de paz».

Esta voluntad se sintetiza en un gesto que hacemos durante la Santa Misa, llevando al altar los frutos de la tierra y del trabajo del hombre. La mesa que prepara el Señor para nosotros nos involucra en un intercambio de dones que presentamos a Dios para después esparcirlos en el mundo. A la luz del Evangelio, los invito entonces a multiplicar los talentos que el Señor nos confía, cultivando tres cosas concretas.

Ante todo, cultiven juntos la fe. Sean un pueblo que celebra la salvación de Dios y cura las heridas de la humanidad. De hecho, es el modo en que la Iglesia asume las palabras del hombre para decir la verdad de Dios y predica la palabra de Dios para anunciar la verdad del hombre. Siguiendo el ejemplo de Cristo, el Verbo hecho carne, observen la realidad cotidiana con la sabiduría que viene del Evangelio, abriendo para todos un futuro de justicia. Esta misión comienza en la oración y se nutre de los Sacramentos: como obra de toda la Iglesia, se realiza en las familias y en las parroquias, en las calles y en las escuelas, en los hospitales y en las cárceles. Esfuércense por multiplicar los talentos del Señor en todas partes, promoviendo la comunión con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En segundo lugar, los animo a cultivar nuestra magnífica humanidad. Este compromiso se refiere principalmente a los jóvenes, que son la promesa del pueblo peruano; se refiere al cuidado de los pequeños y a la protección de los ancianos; se refiere a la solidaridad con los pobres y los oprimidos. Hacer el bien exige combatir la violencia con la caridad, y responder a la corrupción con la honestidad. Ahí donde el hombre se sana, la tierra florece y la

cultura de la caridad alivia la contaminación moral, que es la causa de toda herida hecha a la creación, nuestro hogar común.

Frente a cada prueba, finalmente, cultiven siempre la alegría. El cristiano sabe que esa alegría no viene de la riqueza ni del poder que degradan como las drogas, que engañan el corazón y lo dejan angustiado. La verdadera alegría viene de la fe, porque tiene como fundamento la gracia de Dios, que da fruto en nuestra entrega fraternal. Mientras atravesamos tribulaciones y desafíos, edifiquemos juntos una sociedad feliz, pacífica, libre, contemplando al Señor Jesús, que crea paz desde su cruz, tomando sobre sí cada una de nuestras dificultades. Pidámosle a Él, el Redentor, que nos acompañe en nuestro camino dándonos la luz de la esperanza. Que su Madre María, Virgen Inmaculada, nos conforte y nos proteja siempre.

Volver al índice

LIMA Y CALLAO

16 de noviembre de 2026

VISITA AL PERSONAL Y A LOS ASISTIDOS DE LA CASA DE ACOGIDA DE LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

Saludo del Santo Padre León XIV Casa de Acogida de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (Callao). Lunes, 16 de noviembre de 2026

Palabras de saludo del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

¡Buenos días Lima, buenos días a todos!

Estaban empezando una bonita canción del profeta, todos nosotros estamos llamados a anunciar la Buena Nueva. Todos llamados a anunciar que Jesucristo ha venido y nos ha salvado. Que Cristo, el Señor de los Milagros, nos acompañe siempre.

Bueno, dentro de pocos minutos, estaré saliendo de aquí de la Nunciatura para ir a la celebración de la Santa Misa. Quiero agradecer a todos ustedes su participación, su presencia y su acogida, por haber acompañado a un servidor durante estos días.

Que el Señor los bendiga siempre. Que estén siempre llenos de fe y de esperanza, que el amor de Dios los ayude siempre a ser ese signo hermoso de la presencia de Dios, la cercanía de Dios, especialmente con los más pequeños.

El Señor esté con ustedes.

Que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes. Amén

Buen día, muchas gracias y hasta luego.

Saludo

Queridos hermanos, queridas hermanas: ¡Buenos días!

Es una inmensa alegría para mí estar hoy aquí con todos ustedes, en uno de mis últimos encuentros antes de partir del Perú. Agradezco a Mons. Luis Alberto Barrera Pacheco, obispo del Callao —que hoy está de cumpleaños—, y a la Madre Hermenegilda, responsable de esta Casa, sus palabras de bienvenida. Le doy las gracias también al señor José Luis y a María del Carmen, que nos han compartido sus testimonios. ¡Muchas gracias a todos también por la danza, por la música y por esta cálida acogida! Escucharlos, ver sus rostros alegres y poder compartir juntos este momento es una muestra del amor fraterno que se brinda y se recibe gratuitamente, que nace del encuentro con Dios y se expresa en la sencillez de lo cotidiano.

Esta Casa del Callao es como un «oasis de dignidad» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 51) y de esperanza para los ancianos. Como ustedes saben, la palabra «oasis» se refiere a un lugar en el desierto donde es posible encontrar vegetación, agua y descanso. Así son las obras de caridad que ayudan a los más desprotegidos: un oasis que calma la sed, reconforta y renueva a las personas que allí viven y trabajan, así como a aquellos que se acercan a visitarlas. Lugares como este se multiplican a lo largo y a lo ancho del Perú, formando una auténtica red de centros caritativos donde se acoge con amor y respeto a los más pobres y a los abandonados.

Quisiera agradecer la labor que realizan aquí las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y recordar la figura de su santa fundadora, santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars. Ella propuso una consigna que hoy sigue suscitando numerosas obras de bien: «Cuidar los cuerpos para salvar las almas». Actualmente hay una nueva sensibilidad acerca del cuidado, la protección y la creación de espacios seguros con la certeza de que «la capacidad de saber cuidarnos los unos a los otros es una dimensión importante de nuestro ser humano» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 114).

Lamentablemente, sabemos que hay situaciones en las que no se ofrece cuidado o asistencia a los cuerpos, ni se piensa en las almas; no se atiende a las personas, sino que se les abandona; no se protege al más débil e indefenso, sino que se abusa de él; no se ama la vida, sino que se le intenta destruir. No podemos permanecer indiferentes al saber que los cuerpos y las almas de numerosos hermanos y hermanas nuestros están descuidados y que, muchas veces, son manipulados. Esos lugares son desiertos de humanidad, en los que los más frágiles siguen diciendo, como Jesús en la cruz: «Tengo sed» (*Jn* 19,28). Tenemos que reconocer con dolor que son muchos los pobres y desamparados en este país que hoy nos siguen diciendo «tengo sed, necesito beber de las fuentes del amor y de la vida, necesito cuidado y protección». ¿Qué hacemos nosotros para calmar esa sed?

Queridos hermanos y hermanas, hoy me dirijo a ustedes aquí reunidos, pensando también en todos los sacerdotes, religiosos, laicos, familias, asociaciones y voluntarios que trabajan en el ámbito de la caridad en estas benditas tierras peruanas. Perú necesita más oasis fraternos y menos desiertos individualistas, necesita más almas entregadas al servicio del Reino de Dios que cuiden de las personas frágiles y marginadas, reconociendo en ellas los dolores y

sufrimientos de Cristo crucificado, y ayudándoles a cargar su cruz, como el Cirineo. Así como alma y cuerpo han de estar unidos para que el ser humano exista, no podemos separar la fe que profesamos de las obras que realizamos; es necesario ser coherentes y responsables, es necesario hacer un examen de conciencia y ver cuál es nuestro verdadero tesoro, preguntarnos por qué sigue habiendo tantos problemas y desigualdades.

En un país que ha recibido tanto a través de la caridad cristiana, ¿por qué somos tan pocos para seguir pasando la antorcha a las nuevas generaciones? El secreto está en volver al encuentro con Cristo, en volver a los orígenes de nuestra fe. Un oasis, para producir vida, necesita un manantial accesible. Ese manantial son los sacramentos, la catequesis, la adoración eucarística y la caridad fraterna. No podemos sanar los cuerpos si olvidamos la medicina de la gracia que cura y fortalece el alma.

A este respecto, no quisiera dejar de mencionar la presencia en estas tierras de san Martín de Porres, cuya vida de santidad traspasó rápidamente las fronteras. Él supo cuidar los cuerpos y edificar las almas con gestos sencillos y humildes, a imitación de nuestro Señor Jesucristo, como se refleja en la frase que se le atribuye tradicionalmente: «Yo te curo, Dios te sana». Quisiera que también ahora, en este tiempo de la historia, los hijos e hijas del Perú recorrieran el camino de la santidad y llevaran el Evangelio a cada rincón, a cada persona de este amado país y de otros lugares del mundo, convirtiendo los áridos desiertos del materialismo y el consumismo en verdes praderas de solidaridad y entrega generosa.

Queridos hermanos y hermanas: sé que Perú tiene mucho para dar. No nos quedemos paralizados discurriendo sobre vanos asuntos terrenales, es necesario dar pasos hacia las realidades celestiales. Seguir a Cristo vale la pena, seamos valientes para defender a los

niños, a los jóvenes y a los ancianos, a los más pequeños y necesitados de la sociedad, como Él lo hizo; amemos a los demás como Dios nos ama. Tenemos una gran historia de santidad que transmitir, un hermoso presente que agradecer y un luminoso futuro para seguir construyendo entre todos.

Que Nuestra Señora de la Evangelización los guíe en este camino. Rezo por ustedes y los llevo en mi corazón.

Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes, sobre la comunidad de las hermanas, sobre todos nuestros seres queridos y nuestras familias.

En la entrega de las llaves de la Ciudad del Callao

Muchas gracias por esta acogida. Es una alegría muy grande poder encontrarme de nuevo en el Callao con ustedes. Muchísimas gracias. Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes, sus familias, sus hijos, hijas, los niños pequeños, los enfermos, los ancianos. Dios camina con nosotros. Tengamos siempre esa fe en nuestro corazón.

El Señor esté con ustedes.

(Bendición)

Muchas gracias y hasta pronto. Hasta luego.

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Base Aérea Las Palmas (Lima). Lunes, 16 de noviembre de 2026

Homilía

Queridos hermanos y hermanas:

Jesús resucitado está hoy aquí con nosotros conforme a su promesa. «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20). Lo ha prometido a sus discípulos, antes de ascender al Padre, y nosotros lo hemos experimentado de nuevo en estos días. ¡Gracias por su hospitalidad! Reunidos así, tan numerosos y alegres, alrededor del Papa, ustedes han dado testimonio de que el Señor vive permanentemente en su Iglesia y la reúne. ¡Que este testimonio siga resonando y dando buenos frutos en todo el Perú!

En este mundo herido por la prepotencia, su Palabra nos educa, aún hoy, en un nuevo tipo de fortaleza. En efecto, el Señor nos dice: «Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28,18). ¡Es el poder del amor crucificado! «Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos: bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28,19). El mandato del único y verdadero Señor, que hemos escuchado en la proclamación del Evangelio, ayuda a comprender la esencia de la misión de la Iglesia: llevar adelante la obra de Jesucristo, con su poder, tan diferente de los poderes mundanos.

El mandato misionero ha sido cumplido por los primeros discípulos y por muchos cristianos a lo largo de la historia. Es por eso que estamos reunidos hoy en esta celebración: hemos sido bautizados, nos hemos convertido en discípulos de Jesucristo y aprendemos, día tras día, a observar aquello que Él nos ha mandado. Trescientos años después de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima, damos las gracias, como peruanos, por el don de la fe cristiana que su testimonio apostólico ha enraizado profundamente en nuestro pueblo. «Los santos son la verdadera interpretación de la Sagrada Escritura. Los santos han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio; así nos introducen en el conocimiento y en la comprensión del Evangelio» (Benedicto XVI, *Audiencia General, 19 de agosto de 2009*). Razón por la cual podemos reflexionar sobre las páginas bíblicas a la luz de la experiencia de santo Toribio.

Como los primeros discípulos en el lago de Galilea, él recibió una invitación singular de parte de Jesús, una vocación que lo tomó por sorpresa. A pesar de ser un laico con una carrera en ascenso en el ámbito del derecho, Toribio fue llamado a ser pastor de la Iglesia. Desde entonces se puso en camino, como los apóstoles, detrás del Señor. Atravesó el país a pie, cientos y cientos de kilómetros, consciente de que seguía a Jesús mismo cuando iba al encuentro de los pueblos indígenas. Por eso buscaba su presencia en medio de esas comunidades, mientras aún aprendía la lengua y comprendía sus creencias, todo con el propósito de reconocer la obra silenciosa del Espíritu Santo.

Al llegar a Lima, enriquecido del largo viaje, en su servicio episcopal se distinguió por el ministerio de la Palabra, a la que se dedicó con particular diligencia, pero con la firme convicción de que la dulzura era el único modo de anunciar la «verdadera religión»,

como había enseñado Bartolomé de Las Casas. En la primera carta a los Corintios, hoy hemos escuchado decir a san Pablo: «Que nos valoren como colaboradores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (*1 Co* 4,1). Y sobre el propio ministerio, santo Toribio observó: «Yo, al tiempo que estoy en esta ciudad hago lo propio predicándoles en la lengua, y a los españoles y a los demás que me entienden, declarando el Evangelio»[1]. Insistió en que los sacerdotes aprendieran el quechua y luchó por la ordenación de indígenas y mestizos, que aún muchos miembros del clero despreciaban.

Toribio deseaba que fueran los mismos indígenas los que evangelizaran a sus parientes, amigos y vecinos. Quería, de hecho, que el anhelado abandono de las creencias ancestrales llegara de su espontánea voluntad, sin coacciones. Lo demuestra su incansable dedicación a las visitas pastorales, llevadas a cabo con el fin de conocer, ayudar y, si era necesario, corregir a sus fieles, para instruirlos en la Palabra divina y administrar los Sacramentos. Confirmaba y predicaba incansablemente. No aceptaba siquiera el más pequeño regalo de parte de nadie. Aquellas visitas le causaron oposiciones y calumnias, incluso de parte de las autoridades; sin embargo, le permitieron ser y mostrarse como misionero, evangelizador, padre y pastor, sin ninguna otra preocupación que la de comunicar la vida divina ofrecida por el Buen Pastor.

«El Señor es quien me juzga» (*1 Co* 4,4), escribe el apóstol Pablo. E, inmediatamente, pide: «No juzguen antes de tiempo, sino que esperen la llegada del Señor, pues él sacará a la luz lo que se esconde en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón» (*1 Co* 4,5). Son palabras que también a nosotros nos inspiran una gran libertad de espíritu y un estilo de escucha paciente.

Los únicos que no pueden esperar son los pobres. Por ello, sin excluir a nadie, sino acogiendo a todos, santo Toribio se ocupó especialmente de los últimos. Uno de sus biógrafos escribió: «En su grey el indígena es la porción de mayores cuidados. Y se ve correspondido. Le quieren y le aman como si fuera padre de cada uno»[2]. Repartía casi todo lo que le correspondía entre los pobres y lo donaba a fin de fundar hospitales para los indígenas. Les decía, entre lágrimas: «¡Oh pobre que me enriqueces! ¡Oh desnudo que me vistes! ¡Oh hambriento que me hartas!». Llevaba consigo, después de cada visita pastoral, fascículos de observaciones, denuncias y reclamos sobre la población indígena dirigidos al rey, con el objetivo de acabar con las injusticias.

Queridos hermanos: al final de mi visita apostólica, también yo quiero confirmarlos en la fe y en la caridad, y asegurarles que los llevaré siempre conmigo. Sí, ¡el pueblo peruano también es mi pueblo! En donde quiera que nos encontremos, abriendo el corazón a Dios podremos vivir la relación fundamental, esa que permite reflejar la imagen divina a cada ser humano. Así, con el corazón sanado y elevado por la gracia en el vínculo con la Trinidad, nosotros podremos abrirnos a cada hermano y hermana, curándolos, amándolos y sirviéndolos con la bondad del Señor.

Con su ejemplo, santo Toribio nos invita a santificar nuestras relaciones en la Iglesia; su vida nos propone reconocernos como miembros vivos de un solo cuerpo. Él abrió el corazón a la comunión eclesial, experimentó la Iglesia como comunión misionera: la comunión que brota del ser verdadera morada de la Trinidad, y que por eso valora las diferencias, las sensibilidades y los pensamientos distintos en la unidad de la fe. Esta se manifiesta y se consolida en la Eucaristía, sacramento de la unidad, que para santo Toribio era el centro de la vida. La comunión se expresa hoy en la sinodalidad,

transformándose así, a todos los niveles, en un estilo de vida eclesial. Santo Toribio lo anticipó a través de los concilios y sínodos celebrados, en los que supo escuchar, dialogar, acoger las sugerencias del Espíritu y poner en práctica el discernimiento comunitario, incluyendo también a los más pobres en la búsqueda de la verdad. De este modo se comprende por qué las orientaciones del siglo XVI permanecieron hasta finales del siglo XIX, cuando se celebró el Concilio Plenario Latinoamericano.

Hermanas y hermanos: santo Toribio de Mogrovejo fue un artífice de la civilización del amor, contrastando a los constructores de Babel presentes en su tiempo. También son protagonistas de esa civilización los santos contemporáneos: Rosa de Lima, Martín de Porres, Francisco Solano, entre otros. Mirándolos, redescubramos con gratitud el regalo de ser Iglesia de Jesucristo y, cada vez que celebramos la Eucaristía, regresemos a su promesa: «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20).

Queridos hermanos y hermanas: mi viaje termina, pero ¡el tiempo de la misión continúa! Recordemos que al final de cada Misa somos enviados a evangelizar. Por eso, ¡vayan y anuncien al Dios verdadero! ¡Den testimonio de lo que han visto y oído! ¡Que nadie se quede sin conocer esta Buena Noticia! Que nuestra misión pueda, por intercesión de la Virgen María y de los santos, estar siempre animada por la fe en la presencia del Resucitado, que nos da su paz y nos invita a llevarla a todos. Así sea.

Agradecimiento al final del Viaje

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de mi visita no tengo palabras para expresar la profunda gratitud al Señor por los abundantes dones y gracias que ha derramado en estos días vividos en comunión. ¡Gracias Perú!

Agradezco a las Autoridades civiles y religiosas, a los organizadores, colaboradores y voluntarios, así como a las numerosas personas y comunidades que hicieron posible este Viaje apostólico. Gracias particularmente a quienes participaron en los encuentros a través de medios de comunicación, aquí en las llanuras y también allá en las montañas, en la Amazonía, y en todo el Perú ¡Muchas gracias a todos!

Me he sentido como en casa y me han recordado que la Iglesia es de verdad, una familia. Aquí me enseñaron a ser «obispo» y ahora aprendí, un poquito más, a servir como Sucesor de Pedro. Me llevo el grato recuerdo de las sonrisas de los niños que saludé en las calles y plazas, la contagiosa alegría de los jóvenes, la calidez de las familias, la ternura de los abuelitos y abuelitas que no faltaron a nuestra cita. Sus cantos, sus danzas coloridas, el aroma de sus sahumerios han fortalecido mi pasión por la misión hasta los confines del mundo. He venido a anunciarles a Cristo, y me llevo el testimonio de la fe y la devoción que siempre admiré en ustedes.

Queridos hermanos y hermanas: renovados por la alegría de nuestro encuentro, sigamos orando, juntos en la distancia, a Jesús, nuestro *Camino, Verdad y Vida*. Que la intercesión de la Virgen María y todos los santos del Cielo, los acompañe siempre. ¡Que Dios te bendiga mi Perú! ¡Que María te cubra con su manto!

---

[1] «Parecer que dio su señoría Ilustrísima sobre los indios de san Lázaro, el cual se envió al Consejo Real de Indias», 14 de abril de 1595, citado en C. García Irigoyen, *Santo Toribio,* Tomo I, p. 97.

[2] V. Rodríguez Valencia, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur — América*, Tomo II, 3.

Volver al índice